

Ce/2 pa (PCE)

R-1247

DE ESTADOS
E INVESTITORES
SOCIALES

**MANIFIESTO-
PROGRAMA
DEL PARTIDO
COMUNISTA
DE ESPAÑA**

	Presentación	5
I.	El comunismo, bandera de unión de todos los trabajadores.	7
	1. El comunismo empieza a ser una realidad histórica....	7
	2. Influencia de la gran revolución socialista de octubre. La contradicción mundial entre proletariado y capitalismo.....	8
	3. La existencia de los estados socialistas y la crisis general del imperialismo.....	9
	4. El tercer mundo y los movimientos de liberación nacional.	10
	5. Contradicciones y crisis dentro del capitalismo	11
	6. Las falacias de la pretendida sociedad de consumo....	12
	7. La lucha creciente por la democracia y el socialismo...	13
	8. Nueva fase de la revolución mundial.....	15
	9. Dificultades y errores en la construcción del socialismo.	16
	10. El socialismo en los países desarrollados. Socialismo en la democracia	17
	11. La vía española al socialismo	18
	12. La-coexistencia pacífica y la lucha por el socialismo.....	19
	13. Nuevas formas del internacionalismo proletario	20
	14. El primer deber internacionalista: hacer la revolución....	21
	15. Necesidad de una coordinación de la lucha de clases en la Europa capitalista.....	22
II.	La lucha contra la oligarquía capitalista, por la democracia política y social, por el socialismo.....	25
	1. La formación de la burguesía y su pacto con la aristocracia	25
	2. Las consecuencias históricas de la impotencia revolucionaria de la burguesía	26
	3. El capitalismo monopolista de estado.....	28
	4. La ocasión perdida de la II República.....	29
	5. Acumulación capitalista bajo el franquismo	30
	6. Cambios estructurales desde 1960: concentración industrial y éxodo rural.....	31

Edita: Comisión Central de Propaganda
del Partido Comunista de España.
Castelló, 36 bajo. Madrid

Depósito legal: M. 34.195-1977
Imprime: Técnicas Gráficas, S. L.
Las Matas, 5. MADRID

7. Las contradicciones de la tecnocracia integrista y el divorcio creciente entre sociedad y Estado.....	33
8. La única alternativa en España: la democracia y el socialismo.....	33
9. El capitalismo monopolista de estado.....	34
0. La etapa intermedia de la democracia política y social.....	36
1. Las grandes tareas de la democracia política y social.....	38
2. Diferencias entre democracia político-social y socialismo.....	44
3. La democracia política y social premisa del socialismo en la libertad.....	46
4. Pluralismo político e ideológico.....	48
contradicción entre las exigencias de un desarrollo moderno para España y el régimen fascista. La lucha por las libertades.....	51
1. El pacto para la libertad.....	51
2. La Junta Democrática.....	52
3. El papel de los movimientos de masas en la lucha por la libertad y por la democracia política y social.....	54
4. La alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.....	56
5. El papel y las características del Partido Comunista.....	60
6. Por una nueva formación política que agrupe a todas las fuerzas socialistas.....	63
7. Necesidad de la revolución. Significado de la huelga nacional.....	65
8. Nuestro ideal: el comunismo.....	67

PRESENTACION

El Manifiesto-Programa, aprobado en septiembre de 1975 en la II Conferencia del Partido Comunista de España, tuvo una difusión que, aunque relativamente amplia para las condiciones de aquel periodo, quedó limitada a los círculos cercanos al Partido. Se hacía por eso necesaria una nueva edición dirigida a todos los españoles interesados en conocer nuestra política.

La redacción y aprobación del Manifiesto-Programa abarcó un largo periodo de discusión y elaboración. En 1972 el VIII Congreso nombró una comisión encargada de redactar el proyecto de Manifiesto-Programa. Durante más de un año el documento fue discutido en las organizaciones del Partido y en los círculos cercanos a él. Numerosas sugerencias y proposiciones llegadas a la Comisión fueron tenidas en cuenta en la redacción del texto presentado a la II Conferencia. A esta reunión, de acuerdo con los Estatutos del Partido, asistieron los miembros del Comité Central, los secretarios generales y otros miembros de la dirección del Partido Socialista Unificado de Cataluña y de los Partidos Comunistas de Euzkadi y Galicia y los secretarios políticos de las organizaciones provinciales del Partido. Esa amplia reunión permitió un amplio debate, primero en las comisiones de trabajo y posteriormente en el pleno hasta llegar a la redacción definitiva del documento.

Los cerca de dos años transcurridos desde la aprobación del Manifiesto-Programa han sido ricos en acontecimientos. Aunque en formas bastante diferentes, las previsiones que en él se hacían de cómo romper la dictadura han resultado en general confirmadas por la vida. No hay más que recordar el papel movilizador de la consigna de Huelga General en la lucha contra el continuismo hasta acabar con el Gobierno Arias-Fraga y cómo la perspectiva de un Pacto para la Libertad permitió al Partido no perder la iniciativa frente a las maniobras reformistas, así como no quedar descolgado y aislado en alguno de los bruscos giros del post-franquismo.

Hoy vivimos el período de tránsito de la dictadura a la democracia. Los comunistas se afanan en consolidar la democracia y en ampliarla, lo que exige el establecimiento de una Constitución que afirme y garantice la plena soberanía popular, y, al mismo tiempo, la solución de los graves problemas dejados por treinta años de dictadura. Por todo ello algunos aspectos del Manifiesto-Programa relativos a la lucha contra la dictadura de Franco han perdido, por fortuna, actualidad. Las reuniones del Comité Central y del Comité Ejecutivo posteriores a la aprobación del Programa nos pueden indicar por dónde camina el pensamiento del Partido a la hora de afrontar esos nuevos problemas. El texto que presentamos sigue siendo, pese a todo, un valioso material de estudio para todos los comunistas.

I. El comunismo, bandera de unión de todos los trabajadores de la tierra

1 EL COMUNISMO EMPIEZA A SER UNA REALIDAD HISTÓRICA

«Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en Santa Alianza para acosar a ese fantasma: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.»

Con estas palabras, comenzaban Marx y Engels en 1847-48 el fundacional «Manifiesto del Partido Comunista».

Hoy, el comunismo ha dejado de ser un fantasma, ha encarnado en la historia.

En 14 países la clase obrera derrotó a sus opresores, conquistó el poder político y emprendió la creación de la nueva sociedad sin explotados ni explotadores. De estas victorias se han derivado radicales cambios en todo el panorama mundial.

Las revoluciones socialistas triunfantes han impreso una gran aceleración al progreso de la Humanidad en los más diversos órdenes.

El comunismo se ha convertido en la fuerza política más extraordinaria que conoce la Historia. Su potencialidad revolucionaria está presente, directa o indirectamente, en cuantas transformaciones se operan en toda la faz de la Tierra.

Ninguna idea ha prendido con tanta fuerza y tanta capacidad de movilización en las masas, ninguna idea ha desempeñado un papel innovador tan grande como la teoría elaborada hace ya más de un siglo por Marx y Engels.

Cuanto hoy expresan inquietudes revolucionarias, o simplemente transformadoras, toman la denominación de comunistas o socialistas. Numerosos partidos llevan ese nombre, aunque no siempre correspondan al contenido de su programa y su práctica.

No hay movimiento liberador en nuestra época que no esté impregnado, en mayor o menor grado, de influencias marxistas. Y, también

en el seno de la Iglesia católica, existen corrientes que reconocen la justeza de las soluciones políticas y económicas del comunismo para suprimir las injusticias de la sociedad capitalista.

Todos los hombres partidarios del progreso y, por lo que se refiere a nuestro país, todos los demócratas y antifascistas, observan con interés, con respeto y muchas veces con verdadera simpatía, al Partido Comunista.

En cambio, cuantos se empeñan en mantener los privilegios de la minoría explotadora, continúan tratando al comunismo con la misma saña con que lo hacía la Santa Alianza en el siglo pasado, si no más.

En España y en otros países, los poderes dominantes siguen considerando a los comunistas como a un enemigo al que es preciso exterminar implacablemente. Invocando la necesidad de acabar con él, el franquismo ha cometido cientos de miles de asesinatos y reprime brutalmente la lucha popular.

Con la bandera del anticomunismo, el fascismo hundió a la Humanidad en el abismo de la Segunda Guerra Mundial con su cohorte de muerte y destrucción, de campos de exterminio y cámaras de gas. También en nombre del anticomunismo, la mayor potencia de la Tierra, Estados Unidos, ha tratado de justificar la agresión más abyecta, el más espantoso genocidio contra un pequeño país, Vietnam.

La reacción imperialista y sus lacayos fascistas profesan el principio de que contra los hombres y mujeres de ideas comunistas son buenos todos los procedimientos. Y sin embargo, a pesar de todo ello los comunistas somos cada día más numerosos, más fuertes, estamos más convencidos de la justeza de nuestra causa.

Las ideas del comunismo se extienden, conquistan nuevas conciencias, penetran por doquier.

Muchos de nuestros más irreconciliables enemigos están persuadidos, en su fuero interno, de que el comunismo triunfará.

¿Qué queremos, qué nos proponemos los comunistas? ¿Cuál es el ideal por el que dieron y siguen dando su vida miles y miles de héroes, por el que luchan millones de hombres y mujeres en todo el mundo?

2 INFLUENCIA DE LA GRAN REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE. LA CONTRADICCION MUNDIAL ENTRE PROLETARIADO Y CAPITALISMO.

La Revolución de Octubre de 1917 en Rusia abrió la época del socialismo en la historia de la Humanidad. El ideal de los explotados dejó de ser un sueño, para empezar a hacerse realidad. La victoria de los comunistas en el antiguo imperio de los zares ha puesto de manifiesto:

- 1º Que la sociedad puede desarrollarse sin capitalistas ni terratenientes;

que el capitalismo, como el esclavismo y el feudalismo, es una formación social pasajera y no un sistema inmutable.

- 2º Que la clase obrera en el poder es capaz de hacer progresar la sociedad a un ritmo mucho más rápido que el sistema capitalista. La vieja Rusia, entonces un gigante con los pies de barro, se ha convertido, en un período histórico muy corto, en la segunda potencia mundial.

- 3º Que la clase obrera en el poder es capaz de crear y desarrollar valores y objetivos colectivistas que dan un sentido nuevo al crecimiento de la riqueza social.

El triunfo del proletariado en Rusia dió nuevo impulso al proceso revolucionario mundial. Por otra parte, la existencia de la URSS ha sido el factor esencial para la derrota del fascismo y del nazismo en la Segunda Guerra Mundial; el punto de partida de la victoria de las revoluciones socialistas en otros países, y asimismo, un elemento decisivo en el proceso de demolición del viejo sistema colonial y de debilitamiento del yugo imperialista en gran número de Estados.

3 LA EXISTENCIA DE LOS ESTADOS SOCIALISTAS Y LA CRISIS GENERAL DEL IMPERIALISMO

Los 14 países socialistas —dos tan grandes como la URSS y China— representan un poderoso valladar contra las tendencias agresivas del imperialismo; hacen muy difícil que éste siga recurriendo a la guerra mundial para resolver sus contradicciones; van imponiendo la coexistencia pacífica cada vez más firmemente, como marco principal para las relaciones interestatales; ayudan a los trabajadores a arrancar concesiones a las clases explotadoras. Sosteniendo la lucha de los pueblos por su liberación —y la experiencia de Vietnam es un ejemplo concluyente— dificultan que el imperialismo norteamericano continúe desempeñando el papel de gendarme mundial de la reacción.

El sistema imperialista en su conjunto ha sufrido un duro golpe, y se ha desacreditado por completo ante los ojos de la inmensa mayoría de la Humanidad y, en particular, de las nuevas generaciones, con la agresión yanqui contra Vietnam. Los años que ha durado esa agresión han sido una lección permanente sobre los efectos más nocivos del imperialismo. Un país como Estados Unidos, pletórico de fuerzas productivas, de tecnología y ciencia, que con otro sistema social hubiera podido desempeñar un papel civilizador y de progreso en el mundo entero, puso todo su enorme potencial al servicio de una política de genocidio, contra un pueblo pequeño, económicamente atrasado, pero política y socialmente más avanzado; para a la postre, después de cometer abominables crímenes, fracasar en su propósito.

La victoria del pueblo de Vietnam —donde el Partido de los Trabajadores ha fundido ejemplarmente la lucha nacional y revolucionaria—

así como de los pueblos de Laos y Camboya, sobre los agresores imperialistas norteamericanos, es uno de los grandes virajes de la historia mundial. Sus repercusiones son profundas en toda la situación internacional. Se ha modificado la correlación de fuerzas surgida después de la Segunda Guerra Mundial. La posición hegemónica de los Estados Unidos en el mundo capitalista ha sufrido un serio quebranto.

En estos años hemos asistido a un notable progreso de las fuerzas productivas debido a las necesidades objetivas de la reconstrucción en la postguerra, a la creación de grandes conjuntos económicos y a la renovación del aparato productivo provocada por la revolución científico-técnica; a la mayor competencia en los mercados exteriores; a la ampliación del mercado interno; acentuado, además, artificialmente, por la carrera armamentista.

Esto sirvió para que los ideólogos del capitalismo proclamasen que éste estaba en condiciones de superar sus contradicciones internas, de evitar la crisis y reabsorber las tensiones sociales. Tal ha sido la esencia del triunfalismo neocapitalista.

Pero la crisis general que hoy atraviesa el mundo capitalista no sólo echa por tierra todas esas elucubraciones, sino que hace pensar que estamos llegando a un momento límite de esta fase. Momento que exige una transformación profunda de las relaciones económicas mundiales, y que pone sobre el tapete, con el mayor apremio, la necesidad de un cambio social.

4 EL TERCER MUNDO Y LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACION NACIONAL

Uno de los factores determinantes en esta situación es la lucha de los países del Tercer Mundo por acabar con la opresión colonialista o neocolonialista, por conquistar el pleno dominio de sus riquezas nacionales, uno de cuyos aspectos más espectaculares es el del petróleo, empezando así a quebrar el sistema de explotación por las grandes potencias imperialistas de las materias primas y recursos energéticos ajenos.

Esta es el camino que ayudará al Tercer Mundo a reducir y, en definitiva, superar el abismo que le separa de los países industrializados.

En su conjunto —como lo demostró la Conferencia de Argel de septiembre de 1973 y otras reuniones posteriores— el movimiento de los países no alineados se ha convertido en uno de los factores más importantes de la vida internacional.

El movimiento de liberación nacional se desarrolla pujante en África, con el hundimiento definitivo del sistema colonial portugués. En América Latina, pese al golpe fascista dirigido por el Imperialismo yanqui contra

la democracia chilena, y también a pesar de la supervivencia de gobiernos tiránicos, las fuerzas antiimperialistas prosiguen su difícil y compleja batalla. Surgen gobiernos que al defender su independencia política y económica se enfrentan a Estados Unidos. Expresión de los avances en América Latina, son los triunfos de la Revolución cubana y la ruptura del bloqueo impuesto por el Imperialismo yanqui.

En fin de cuentas, el rechazo del modelo de desarrollo capitalista se configura con mayor claridad, para un número creciente de países del Tercer Mundo, como la única vía para acceder a su independencia auténtica. Algunos de ellos, se plantean ya la opción socialista como única solución posible para sus problemas.

En Asia, las revoluciones socialistas en China, Vietnam y Corea, con sus peculiaridades, son experiencias que contrastan con el estancamiento y las crisis en que se debaten Estados en los que la independencia nacional no ha ido acompañada de transformaciones sociales y económicas.

5 CONTRADICCIONES Y CRISIS DENTRO DEL CAPITALISMO

Ante todos estos profundos cambios en la arena mundial, el imperialismo norteamericano trata de adaptarse para salvaguardar sus intereses. Con ello agudiza las contradicciones con sus principales competidores capitalistas, europeos y japoneses. Así, es evidente que dentro de la Comunidad Económica Europea —creada con el apoyo y estímulo de Estados Unidos en el período de la guerra fría—, crece, día tras día, la tendencia que disputa las posiciones preponderantes de Norteamérica.

Durante algún tiempo, los capitalistas europeos estuvieron dispuestos a hacer concesiones a Estados Unidos, porque consideraban que para su régimen social el peligro principal provenía del exterior, de la presunta agresividad de los Estados socialistas y pensaban que el apoyo militar norteamericano era la garantía esencial frente a ese peligro. Pero a medida que el riesgo de una contienda mundial se aleja, que la coexistencia pacífica se impone como una necesidad ineludible, que se atenúa la supuesta amenaza del exterior, la amenaza interior —es decir, la existencia de una ingente masa de asalariados, mayoritaria y oprimida por la minoría capitalista— cobra mayor fuerza y se convierte en preocupación cada vez más importante para las clases dominantes.

En esas condiciones, cada concesión al imperialismo norteamericano, cada retroceso ante sus brutales exigencias, deteriora la situación económica interior de dichos países, agrava el estancamiento y las regresiones, acentúa las contradicciones internas, intensifica la lucha de clases, conduce a que las masas proletarias, las fuerzas de la cultura y las capas medias, aprecien con mayor nitidez la necesidad de un cambio social. Y así, la amenaza interior acaba por convertirse en algo mucho

más inquietante para el régimen capitalista que la supuesta amenaza exterior.

A partir de esta nueva situación, el capitalismo europeo y japonés va sintiendo la necesidad imperiosa, para su propia subsistencia, de resistir a las presiones norteamericanas, de luchar por su participación en los mercados internacionales. Esto lleva a serios enfrentamientos entre los países capitalistas, conflictos que tienen expresiones diversas: guerra comercial, exportación de capitales y tecnología, implantación de empresas multinacionales, dominio sobre las materias primas y recursos energéticos, reparto de esferas de influencia. En otra época, estas contradicciones hubieran podido originar una contienda militar entre las grandes potencias capitalistas. Hoy tal desenlace no es concebible dadas la presencia de fuerzas revolucionarias muy poderosas, la existencia de los Estados socialistas, y la seguridad de que cualquier nueva guerra mundial terminaría con el aniquilamiento nuclear, o con el triunfo de la revolución a escala mundial.

Todo esto determina una crisis de una gravedad sin precedentes en el mundo capitalista. Crisis económica que se manifiesta en el desequilibrio del sistema monetario internacional, en la inflación crónica y galopante, en el incansante crecimiento del paro, en la sensible disminución del nivel de vida de la clase obrera, de los campesinos y de las capas medias, en el estancamiento e incluso en el descenso de la producción.

Todo ello demuestra la caducidad del capitalismo, su incapacidad para dar respuesta a las necesidades del desarrollo económico, para utilizar racionalmente las nuevas fuerzas productivas de que dispone la humanidad.

6 LAS FALACIAS DE LA PRETENDIDA SOCIEDAD DE CONSUMO

El capitalismo monopolista intenta responder a la crisis sometiendo a sus leyes todos los aspectos de la vida humana. Configura, cada vez más, según sus intereses, la producción y el consumo de las masas. Durante años ha venido fomentando la aspiración a consumir por consumir para asegurarse mercados estables y en expansión.

Toda una serie de ideólogos de la burguesía difundieron hace tiempo la idea de que se había llegado a una «sociedad de consumo». En realidad no era el consumidor el que imponía su ley, sino el capitalismo monopolista el que, a través de la publicidad y de los medios de comunicación de masas, forzaba a la población a consumir aquellos productos de los que podía extraer mayores beneficios.

Nadie puede negar que en el capitalismo actual coexisten la opulencia y la miseria, la satisfacción de ciertos consumos privados y el

abandono de los servicios colectivos, el despilfarro y la escasez. En definitiva las llamadas «sociedades de consumo» son la caricatura capitalista de la abundancia, que habrá de ser uno de los aspectos materiales de la futura sociedad socialista desarrollada, una caricatura en la cual la socialización de la propiedad es sustituida por una aparente «socialización» del consumo impuesta por la dinámica interna del desarrollo capitalista.

La crisis económica que afecta hoy al conjunto de los países capitalistas, ha venido a demostrar el carácter ilusorio, efímero, de esas «sociedades de consumo» capitalistas. La cruda realidad de la crisis, después de varios años de ideología «consumista» acelera la comprensión, por sectores amplísimos de la población, de los daños que les causa la pervivencia del sistema capitalista.

Al mismo tiempo, la explotación rapaz que los monopolios llevan a cabo de los recursos naturales, patrimonio colectivo de las generaciones presentes y futuras, está poniendo en peligro hasta las bases mismas de la vida, está conduciendo a una contaminación creciente de la atmósfera, de los ríos y de los mares, al deterioro global del medio humano.

Esos problemas de contaminación y degradación del medio ambiente son especialmente graves en las grandes ciudades que adquieren proporciones desmesuradas como consecuencia del desarrollo anárquico del capitalismo. Las zonas más pobres se despueblan y se empobrecen aún más, mientras que las ciudades crecen, si bien de tal modo que en ellas empeoran las condiciones de vida de las grandes masas. A la vez que aumentan el éxodo rural y la miseria del campo, aparece una nueva miseria urbana de los trabajadores, que además de ser explotados como productores, son oprimidos con altos precios y pésimas condiciones de vivienda, en los transportes, con deficientes servicios educativos y sanitarios, con la falta de aire puro y de espacios verdes, de centros deportivos, sociales y culturales.

7 LA LUCHA CRECIENTE POR LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

Ante esta situación, avanza la creciente lucha de la clase obrera, de las masas campesinas y populares por la defensa y ampliación de la democracia, por sus reivindicaciones. El movimiento huelguístico ha adquirido una fuerza y amplitud extraordinarias. Otro tanto ocurre con los movimientos sociales urbanos cuyo peso en la lucha popular es cada vez mayor.

Los regímenes fascistas de Portugal y Grecia han sido derribados. Esto ha abierto en Portugal un proceso de transformaciones revolucionarias. En Italia, el Partido Comunista ha alcanzado una victoria sin precedentes en ningún país capitalista, que desborda el estricto marco

electoral. En Japón, el Partido Comunista ha obtenido notables éxitos. En Francia, el Programa Común de Gobierno concertado entre el Partido Comunista, el Partido Socialista y los Radicales de Izquierda potencia a las fuerzas obreras y democráticas. En una serie de Partidos Socialistas se afirman corrientes unitarias hacia los Partidos Comunistas. Crecen las tendencias al diálogo y al entendimiento entre comunistas y cristianos. Progresan la unidad sindical.

El capitalismo monopolista de Estado, al desarrollar aún más la concentración del capital y del poder, acentúa el carácter oligárquico, antidemocrático de la organización política y social, y sume a la sociedad en una profunda crisis cultural, ideológica y moral. Incepa ya de ofrecer ideales atractivos, intenta imponer el conformismo y el apoliticismo manipulando los cerebros con los potentes medios de propaganda de que dispone. Trata de restringir o desvirtuar el amplísimo afán de cultura y de educación que manifiestan los pueblos. Engendra, en definitiva, actitudes individualistas, cínicas, decadentes y antisociales, al ofrecer como ideal de la vida la acumulación individual de riquezas.

Y todo esto sucede cuando la revolución científico-técnica acelera, a un ritmo sin precedentes, el desarrollo de las fuerzas productivas. La transformación de la ciencia en fuerza productiva directa da a la especie humana unos medios insospechados para satisfacer sus necesidades y hace aún más aberrante la incapacidad del sistema capitalista para resolver los problemas de las masas. **Este hecho viene a subrayar, por sí mismo, que, en el terreno económico, los países capitalistas desarrollados están maduros para pasar al socialismo.**

La cuestión no reside en que las fuerzas productivas de los países capitalistas hayan llegado al máximo desarrollo, al tope de sus posibilidades, como pretenden ciertas teorías en boga que expresan la alarma ante algunas consecuencias destructivas del avance científico-técnico. Las fuerzas productivas, precisamente en esos países que han hecho una acumulación originaria capitalista en condiciones privilegiadas, explotando al resto de los pueblos, tienen posibilidades de crecer y multiplicarse a un ritmo todavía más acelerado. Además, desde el punto de vista social y humano, esa multiplicación sería necesaria históricamente para superar las desigualdades escandalosas que persisten en ellos y para contribuir a la emancipación económica y política de otros pueblos. Los dos tercios de la humanidad son aún víctimas del hambre y la depauperación. No; no es que sobren medios de producción y producción. No; al contrario, le faltan, y mucho.

El fondo del problema es que el sistema capitalista resulta un obstáculo para el grado de aceleración hoy posible del crecimiento de los medios de producción; para realizarlo con criterios racionales. El sistema capitalista es un obstáculo para la utilización plena del progreso material en favor de los pueblos y del conjunto de la Humanidad.

En definitiva, la cuestión reside esencialmente en que dentro de la sociedad capitalista desarrollada han madurado las bases materiales

14

de la futura sociedad socialista y lo necesario es romper el caparazón capitalista para que salga al aire y emplee a andar por su propio pie.

Esto será posible si la clase obrera toma plena conciencia de la situación en esos países y asume el papel revolucionario que le corresponde. Ambas cosas pueden acelerarse en la actual coyuntura internacional.

8 NUEVA FASE DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Estamos entrando en una fase decisiva de la batalla mundial por el socialismo: la fase de la lucha concreta por la transformación socialista en los países capitalistas desarrollados. La culminación victoriosa de esta fase puede ser una ayuda fundamental para los regímenes socialistas que abrieron el camino triunfando en países menos desarrollados, en condiciones difíciles y dolorosas. En estos países, la realización del socialismo desarrollado será facilitada de manera decisiva por el paso de los países capitalistas económicamente más avanzados al régimen socialista y por el consiguiente cese del acoso imperialista. Así se hará realidad, en su auténtica significación, la idea marxista de que el socialismo es una revolución universal que sólo triunfará plenamente en un ámbito universal.

El proceso revolucionario mundial ha seguido un curso accidentado que los fundadores del socialismo científico no podían prever en detalle. Marx y Engels no conocieron el capitalismo en su fase superior, imperialista. Por eso no pudieron analizar cabalmente el papel de las contradicciones interimperialistas, del desarrollo desigual del imperialismo y las posibilidades de rupturas revolucionarias que de ello podían derivarse. Posteriormente, Lenin, partiendo del análisis de estos nuevos fenómenos, llegó a la conclusión de que la revolución socialista podía romper por países que no fueran los más civilizados, los más desarrollados, como habían previsto los fundadores del socialismo científico; por países que, en un momento determinado, debido a diversos factores internos y externos, eran el eslabón más débil de la cadena imperialista.

Así sucedió en efecto. La revolución socialista triunfó primero en países donde las fuerzas productivas no habían madurado suficientemente para realizar el cambio social en las condiciones más favorables. Pero en los que, sin embargo, en un momento dado, las fuerzas revolucionarias conscientes acumularon suficiente energía para derribar a las clases dominantes y conquistar el poder. Por esta causa las primeras revoluciones socialistas se encontraron ante una doble tarea: hacer una acumulación intensiva para industrializar el país en un plazo relativamente corto, y modernizar la agricultura —cuestión que, históricamente incumbía al capitalismo—, y abordar la revolución política, social y cultural. Además, las primeras revoluciones socialistas —y particularmente la primera, la Revolución Socialista en Rusia— tuvieron que defenderse

15

del acoso militar de las potencias imperialistas desarrolladas y concentrar grandes recursos para la defensa, tanto en el terreno militar, como en otros aspectos de la seguridad nacional.

Estas revoluciones han logrado, sin capitalistas, un rápido desarrollo de sus economías nacionales; han realizado extraordinarios avances en el terreno de la cultura, de la enseñanza, de la sanidad; en la creación de oportunidades iguales para todos los ciudadanos; en la supresión de las injusticias y desigualdades de la anterior sociedad. Mundialmente son la réplica al sistema imperialista; un apoyo para los movimientos revolucionarios de liberación; una garantía para la paz.

El papel histórico de esos países en el advenimiento futuro de una nueva civilización mundial de contenido socialista, ha sido y es decisivo. Sus experiencias tienen un valor indudable para todas las revoluciones aunque no pueden ser tomadas como un modelo universal.

9 DIFICULTADES Y ERRORES EN LA CONSTRUCCION DEL SOCIALISMO

Pero la doble tarea de esas revoluciones —superar la débil acumulación y, al mismo tiempo, elevar radicalmente las condiciones de vida del pueblo— encerraba una contradicción que sólo podía resolverse en un proceso lento y, como la historia ha mostrado, accidentado.

Por eso los revolucionarios, al hacer la crítica de los errores cometidos por revoluciones que comenzaban a edificar la nueva sociedad en condiciones tan difíciles, internas y externas, de las deformaciones producidas en uno u otro momento, no podemos olvidar que éstas tienen su raíz objetiva, su origen, en buena medida, en su atrasado punto de partida y en la tremenda presión del imperialismo de los países capitalistas más poderosos, así como en la persistencia, la inercia, de ideas y tradiciones de sociedades anteriores.

A la vez, en determinadas experiencias históricas de la construcción del socialismo, agravaron esas deformaciones, ciertos factores subjetivos ideológicos e institucionales, en particular la tendencia a la fusión de partido y Estado, al autoritarismo, al burocratismo y a la solución de los problemas por arriba, reduciendo la democracia.

Este análisis crítico sería incompleto si no tuviera en cuenta que la clase obrera de los países capitalistas desarrollados, bajo la influencia del reformismo, no fué capaz de hacer su propia revolución socialista, lo que habría creado un contexto mucho más favorable para la construcción del socialismo.

Pero a pesar de los errores indicados y de la supervivencia del pasado, la existencia de los países socialistas, su peso mundial, junto con la lucha de la clase obrera internacional y de los movimientos de liberación, han hecho que en esta época de agudización de la crisis

general del imperialismo, las ideas del socialismo hayan alcanzado una fuerza expansiva formidable.

Cada vez les resulta más difícil a los ideólogos del capitalismo atacar directamente a las ideas socialistas. Por eso, una gran parte de su lucha ideológica va dirigida a imputar las deformaciones y errores a que hemos aludido, no a sus causas reales, sino a la naturaleza misma del socialismo.

La propaganda burguesa, en los países capitalistas desarrollados, pretende que los errores y deformaciones mencionados son el acompañamiento inevitable de toda revolución socialista. Afirma falsamente que el socialismo, al triunfar en países capitalistas desarrollados, no será un paso adelante sino un retroceso, significará una reducción del nivel de vida y, al mismo tiempo, la liquidación de las libertades individuales.

Esta propaganda se va apoyada, a veces, por el dogmatismo y la estrechez antimarxista de quienes, en nuestro campo, sostienen que las únicas formas auténticas de construcción del socialismo son las de los países que hasta hoy han hecho su revolución y que no hay otras posibles.

10 EL SOCIALISMO EN LOS PAISES DESARROLLADOS. SOCIALISMO EN LA DEMOCRACIA

Ninguno de los maestros del marxismo ha teorizado la idea del partido único, ni siquiera la idea de un Partido Comunista privilegiado por la ley ante los otros partidos. Tampoco la consagración del marxismo como filosofía oficial del Estado, ni la sujeción de la cultura y el arte a cánones administrativos, ni el monopolio de la información por el Estado. Ni la existencia de un solo modelo de socialismo.

Engels, hablando del curso que seguirá la revolución proletaria afirmaba que «ésta implantará, ante todo, un Estado democrático y, dentro de él, directa o indirectamente, el régimen político del proletariado».

También Lenin insistía sobre la diversidad de formas que revestiría el paso al socialismo en diversos países, y afirmaba por ejemplo, que el privar del derecho de voto a la burguesía era una particularidad de la revolución rusa y no una ley para todas las revoluciones.

La realidad es que el socialismo que triunfe en los países desarrollados se diferenciará en muchos aspectos del que triunfó en países más atrasados. En los países desarrollados, a la revolución victoriosa le bastará la utilización adecuada de los modernos medios de producción existentes y de los servicios ya creados para garantizar de inmediato una distribución que satisfaga las necesidades de la población, creando condiciones para poner fin a las desigualdades sociales. Ese alto nivel de desarrollo material, unido a las tradiciones democráticas, al desarrollo cultural y al hábito en el ejercicio de las libertades individuales, serán bases para impulsar su expansión.

Además, el triunfo del socialismo en los países desarrollados eliminará precisamente las causas objetivas esenciales de los errores y deformaciones a que nos hemos referido.

a).— Porque el triunfo del socialismo en países desarrollados se hará en condiciones en que han madurado ya las fuerzas productivas características del modo de producción socialista; en una sociedad en la que la abundancia de productos, el desarrollo tecnológico y científico y las estructuras económicas, con una orientación social de la producción, eliminando el principio del beneficio capitalista, mediante la planificación democrática y la iniciativa de los trabajadores, permitirán satisfacer las necesidades verdaderas del conjunto de la población. No será un paso atrás en las condiciones de existencia de las masas, sino un paso adelante.

b).— Porque el triunfo del socialismo en países desarrollados irá alejando la amenaza imperialista, y con ello, la necesidad del mantenimiento de grandes ejércitos, los derroches de la carrera armamentista, permitiendo dedicar todas las energías y recursos destinados hoy a tales fines, a la solución de los problemas de las masas, a la superación del subdesarrollo, a la lucha contra la contaminación y el agotamiento de las riquezas naturales, al desarrollo de la investigación científica, a la cultura, a la sanidad, etc., etc.

c).— Porque el triunfo del socialismo en países desarrollados creará las condiciones para la disminución de los poderes y los aparatos del Estado y, por tanto, para poner término al burocratismo, a las barreras que impiden la participación de las masas en la gestión social. Creará las premisas para ir realmente a la extinción gradual del Estado, órgano de poder de unas clases sobre otras, e instrumento de defensa contra la amenaza de otros países. Y, entonces, como afirma el Manifiesto Comunista:

«En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos».

11 LA VIA ESPAÑOLA AL SOCIALISMO

El Partido Comunista de España considera que en las condiciones del mundo de hoy, cuando la lucha por el socialismo en los países desarrollados entra en una fase de concreción, su deber consiste en **elaborar teórica y prácticamente las formas y las vías peculiares que la revolución tomará en nuestro país; en encontrar lo nuevo, lo específico de nuestro proceso, a fin de ganar a las grandes masas de la clase obrera y del pueblo para la causa del socialismo.**

El Partido Comunista de España considera que la vía, la forma, el modelo de socialismo valdrá para nuestro país se diferenciarán en muchos aspectos de los que se conocen hoy. Las particularidades nacionales, el momento, el entorno mundial y la experiencia histórica determinarán esas formas, junto con nuestra capacidad revolucionaria y la decisión de las masas.

El Partido Comunista de España rechaza las concepciones dogmáticas que pretenden que se repetirán en cada caso las formas que el socialismo ha tenido en otros países.

Es evidente —y Lenin ya lo había previsto— que el triunfo del socialismo en uno o varios países de capitalismo desarrollado entrañará lógicamente formas de socialismo más desarrolladas, y ayudará a todo el socialismo a elevarse a un nivel más alto, más evolucionado.

El socialismo es una fase de transición hacia el comunismo que va superando diversos niveles y que no puede estancarse. Es una fase radicalmente revolucionaria. Su victoria en una escala más universal será decisiva para ese proceso, incluso en los países donde ya existe. En ese sentido, el socialismo sólo se realizará en toda su plenitud cuando haya triunfado universalmente.

12 LA COEXISTENCIA PACIFICA Y LA LUCHA POR EL SOCIALISMO

La coexistencia pacífica crea condiciones objetivas más favorables para la lucha por el socialismo, no sólo porque disminuye el peligro de una contienda mundial que, dadas las características de las armas modernas, podría conducir al aniquilamiento de ambos contendientes, sino porque restituye más netamente a la lucha de clases su forma nacional. Mientras la contradicción fundamental en el mundo de hoy entre socialismo y capitalismo parecía que habría de resolverse por un enfrentamiento militar entre Estados socialistas y Estados imperialistas, el factor nacional —que tiene un peso ideológico importante entre los pueblos— actuaba en los países capitalistas contra el socialismo. La idea de la defensa de la soberanía nacional podría confundirse con la defensa del régimen social capitalista existente. Las clases dominantes lanzaban contra los comunistas la acusación de ser un partido extranjero. Y esta acusación impresionaba negativamente a amplias masas.

Al consolidarse la coexistencia pacífica, al reducirse las posibilidades de una guerra mundial, al establecerse relaciones de cooperación entre regímenes de distinto carácter social, la lucha por el socialismo reviste más claramente las formas nacionales, indispensables para la victoria. El socialismo cesa de aparecer —y esto sólo era una apariencia— como un sistema que unas potencias tratan de imponer a otras. Aparece, ante todo, como la solución a las contradicciones que promueve en el interior de cada país la división en clases explotadas y explota-

doras, y como la supresión de los frenos que el capitalismo representa para el progreso social.

Al comenzar por resolver las contradicciones de clase a escala nacional, la victoria del socialismo en un número creciente de países crea las premisas para resolver los problemas mundiales de hoy, que en definitiva no pueden hallar su solución plena más que en un marco universal, puesto que las fuerzas productivas, factor decisivo del desarrollo histórico, se caracterizan en esta etapa por su tendencia a formar, cada vez más, un sistema de relaciones de carácter mundial.

En esas condiciones, la victoria mundial del socialismo no toma la forma de la derrota de unos Estados por otros sino una forma real, natural: la victoria de cada pueblo sobre su propias clases explotadoras. El factor nacional se convierte así, de obstáculo, en componente de la revolución socialista. Este es, además, el camino para evitar el choque militar a escala mundial entre los dos sistemas y su aniquilamiento mutuo.

13 NUEVAS FORMAS DEL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

La coexistencia pacífica, al acentuar la importancia de las formas nacionales de la revolución socialista, no disminuye en lo más mínimo la necesidad de la solidaridad internacionalista del proletariado y de las fuerzas revolucionarias. La solidaridad internacionalista sigue siendo indispensable y corresponde plenamente al hecho de que la clase obrera, por naturaleza, internacional, al carácter universal que tiene el socialismo y al que tienden las fuerzas productivas.

Pero sucede que el triunfo del socialismo en 14 Estados y el desarrollo de la coexistencia pacífica han puesto en crisis formas tradicionales del internacionalismo proletario.

Por un lado, al aumentar el número de países socialistas, herederos de conflictos históricos, y con distinto nivel de desarrollo, han surgido contradicciones entre ellos, algunas de indudable gravedad. Este ha sido uno de los factores de esas crisis. Las diferencias entre partidos que dirigen Estados y que tienen tras de sí pueblos enteros, no pueden dirimirse hoy en nuestro movimiento como se hacía en otro tiempo entre partidos no gobernantes y fracciones.

Por otro lado, al terreno objetivo que va creando la coexistencia pacífica, el mayor relieve que dentro de ésta adquieren las contradicciones de clase en el marco de cada país y en zonas geográficas más amplias, la necesidad de incorporar decididamente el factor nacional a la lucha revolucionaria socialista, plantean a los Partidos Comunistas la necesidad de acentuar su carácter nacional.

Por consiguiente, el Partido Comunista de España, consecuente de-

fensor de los países socialistas frente al Imperialismo, invariablemente fiel al internacionalismo proletario, entiende que éste ya no puede manifestarse en las nuevas condiciones como en tiempos de la Internacional Comunista que era de hecho un Partido Internacional, o como se pretendía en la práctica con la creación del Cominform; que su política ya no puede estar determinada por las necesidades de la defensa de un país socialista como sucedía cuando la Unión Soviética era el único que existía con ese régimen social.

Tampoco los problemas de la defensa de los países socialistas se presentan como entonces. Hay un equilibrio de fuerzas que hace improbable —aunque no imposible— la agresión militar del imperialismo contra los países socialistas. Hoy la gran fuerza de los países socialistas hace que sea mucho más importante la ayuda que ellos pueden dar al movimiento revolucionario mundial que la que necesitan recibir de éste para su defensa.

14 EL PRIMER DEBER INTERNACIONALISTA: HACER LA REVOLUCION

La forma en que el proletariado de los países capitalistas desarrollados puede ayudar hoy realmente a los pueblos de los países socialistas consiste, ante todo, en **hacer triunfar la revolución**. Así, precisamente, sería posible una solidaridad mayor con el socialismo existente, consiguiendo que nuevos triunfos en nuevos países liquiden definitivamente la amenaza militar del imperialismo y permitan a los Estados socialistas dedicar a fines pacíficos y productivos los enormes recursos que hoy se ven obligados a destinar a la defensa; creando las condiciones para una cooperación y una ayuda tecnológica, científica y económica mucho más sólida que la que pueden proporcionar las formas más elevadas de coexistencia con el imperialismo.

Más, sin embargo, para el triunfo de nuevas revoluciones **hace falta que cada Partido Comunista se funda estrechamente con su pueblo, con el momento concreto que éste vive**. Que los Partidos Comunistas sean, y así lo vean las masas de su país, **totalmente independientes de cualquier otro Estado, incluso socialista**.

Propugnar que los Partidos Comunistas adopten las posiciones coyunturales de unos u otros Estados o grupos de Estados socialistas, elevando a la categoría de principio la asunción de dichas posiciones —sean o no favorables a los intereses del movimiento revolucionario de un país, en un momento dado— resultaba explicable cuando la Unión Soviética era el único país socialista y cuando hacer fracasar el acoso imperialista a la URSS era la condición necesaria para todo progreso ulterior del socialismo.

En la presente situación histórica, radicalmente distinta, el Partido Comunista de España sostiene que las nuevas necesidades del movi-

miento revolucionario mundial implican que cada Partido Comunista muestre su capacidad para unir en torno al objetivo socialista a la mayor cantidad de fuerzas nacionales posible, acentuando su posición independiente, aplicando el método marxista a las condiciones concretas de su revolución. Esta es la forma más eficaz de contribuir en la actualidad a la revolución mundial y a la defensa internacionalista del socialismo.

La tendencia a la internacionalización de las fuerzas productivas, el desarrollo de empresas multinacionales a escala mundial, los nuevos medios de comunicación y otros factores crean condiciones y exigencias para que los vínculos internacionalistas en el combate mundial contra el imperialismo se refuercen y alcancen un nuevo nivel. A la vez que el movimiento revolucionario se diversifica, al abarcar nuevas zonas del mundo, hace falta que los Partidos Comunistas y otras fuerzas revolucionarias y antiimperialistas establezcan relaciones más estrechas entre sí, multipliquen el diálogo, el intercambio de experiencias y otras formas de relación en la lucha por la unidad de acción, haciendo los mayores esfuerzos para superar las diferencias frente al enemigo común. El Partido Comunista de España propugna un Frente Mundial de todas las fuerzas antiimperialistas del que los Partidos Comunistas deberían ser fuerza impulsora y que abarque a todos los países socialistas, a todas las fuerzas antiimperialistas.

En cuanto al movimiento comunista mundial, considera que las nuevas formas del internacionalismo exigen la **unidad en la diversidad**; la compatibilidad de la ayuda mutua con la **crítica de camaradas**; el respeto a la existencia de **diferencias de opinión sobre el enfoque de unos u otros problemas**; la aceptación de la **diversidad de formas y modelos de socialismo**; la exclusión de todo método de presión o de ingerencia en las relaciones entre partidos; la **más amplia democracia** en la actividad de nuestro movimiento.

Sobre estas bases, observadas efectivamente, el movimiento comunista mundial consolidará su fuerza y su unidad real, y conquistará nueva influencia y poder para avanzar en su obra de crear una Humanidad socialista.

15 NECESIDAD DE UNA COORDINACION DE LA LUCHA DE CLASES EN LA EUROPA CAPITALISTA

El desarrollo del proceso revolucionario en nuestro país tiene lugar en ese contexto mundial. Pero está enclavado a la vez en el contexto regional de la Europa Occidental, una de las zonas en que el capitalismo monopolista ha alcanzado formas supranacionales más desarrolladas, donde los monopolios extienden sus garras por encima de las fronteras, mientras el imperialismo norteamericano ha establecido un neocolonialismo económico, político y militar.

El Partido Comunista de España considera su propia lucha como

parte de las luchas de las fuerzas obreras y democráticas en Europa por dar una salida positiva a la crisis económica, reducir y destruir el poder de los monopolios, defender y desarrollar las libertades, abrir una vía democrática al avance hacia el socialismo.

El desarrollo objetivo de las fuerzas productivas engendra una necesidad creciente de dar una respuesta a nivel europeo a una serie de cuestiones económicas, incluso políticas. En la situación actual, los monopolios dirigen el Mercado Común, y lo aprovechan en su beneficio. Hace falta lograr, por la lucha de las masas en cada país, por su mayor coordinación a nivel europeo, que la clase obrera, las fuerzas progresistas, transformen en un sentido democrático el carácter de la Comunidad Económica Europea.

A la Europa de los monopolios oponemos la Europa de los pueblos: una Europa que dé una aportación propia, original, a la causa de la paz; que supere la división del continente en bloques militares y suprima las bases y la existencia de tropas extranjeras. Una Europa capaz de desarrollar relaciones de cooperación, en un plano de igualdad, tanto con la URSS como con Estados Unidos y de dar un apoyo efectivo a la lucha de los pueblos del Tercer Mundo.

El Partido Comunista de España, en un contexto complejo dada la existencia de situaciones y actitudes diferentes, milita activamente por desarrollar formas particulares, concretas, de coordinación entre los Partidos Comunistas de esta zona; por fomentar las relaciones entre los Partidos Comunistas y Socialistas, y asimismo con las fuerzas cristianas y otras formaciones democráticas, para realizar la unidad de las diversas corrientes del movimiento obrero y democrático europeo. Se han dado ya pasos importantes —particularmente en la Conferencia de Bruselas de 1974— en la elaboración de una estrategia política común para el avance hacia el socialismo en Europa Occidental.

Es tarea de los comunistas y del conjunto de las fuerzas democráticas acabar en Europa con el fascismo y el neofascismo, dar satisfacción real a aquellas necesidades sociales y a aquellos valores humanos de libertad, de justicia, de civilización, que el capitalismo sacrifica. El socialismo sólo podrá triunfar y consolidarse en esta zona de Europa a través del desarrollo pleno de la democracia, afirmando el valor de las libertades personales y colectivas, la no oficialización de una ideología de Estado, la articulación democrática, y descentralizada del mismo, la pluralidad de Partidos, la autonomía sindical, las libertades religiosas, la libertad de expresión, de la cultura, del arte y de las ciencias.

En la lucha por esa nueva Europa, y frente a las empresas multinacionales, es ya decisivo desde ahora, articular nuevas formas de relación supranacional entre los trabajadores explotados por un mismo monopolio, para dar a la lucha de clases el nivel necesario; para asegurar también que su peso influya en los cambios futuros.

Hay que impedir que el capitalismo condene a la masa de millones de obreros emigrados en Europa Occidental a una doble explotación;

hacer que esos obreros, luchando por conquistar sus derechos, sean uno de los factores más combativos en el avance hacia una Europa democrática y socialista. **El Partido Comunista de España asume la defensa de los intereses de los trabajadores españoles emigrados.** Contra las medidas de discriminación de que son objeto en los países en que bajan, por el disfrute de los derechos sociales, políticos y culturales. La emigración deberá estar presente, a través de sus organizaciones, en todos los organismos españoles y europeos en que se decidan cuestiones que les afecten directamente.

La unidad sindical en Europa Occidental ha hecho progresos serios. El Partido Comunista de España continuará sus esfuerzos por apoyar ese proceso que sólo puede basarse en la libre voluntad de los propios trabajadores, y para que el proletariado español participe en él, con la mayor eficacia.

Las formas particulares de coordinación de la lucha de clases a escala de Europa Occidental, determinadas por una situación específica concreta, enriquecerán y fortalecerán la unidad del movimiento revolucionario a escala mundial.

II. La lucha contra la oligarquía capitalista, por la democracia política y social, por el socialismo

1 LA FORMACION DE LA BURGUESIA Y SU PACTO CON LA ARISTOCRACIA

España está dominada por un sistema de capitalismo monopolista de Estado que por el grado de concentración financiera y los instrumentos de intervención estatal nada tiene que envidiar a los países capitalistas más desarrollados. A la vez persisten en sus estructuras y en su ideología rasgos típicos de los países capitalistas más atrasados, acentuados por el carácter fascista del régimen.

Este aspecto contradictorio se debe a las particularidades de nuestra historia.

La monarquía absoluta en España subordinó los intereses del país a la prosecución de sus designios hegemónicos en Europa y en el mundo. El despoblamiento del país, el aplastamiento de las comunidades, la supresión de las libertades municipales y la anulación del papel de las Cortes medievales contribuyeron al largo proceso histórico de decadencia económica. Esa monarquía se apoyaba principalmente en el clero y la Inquisición y en una aristocracia cortesana. Los tesoros obtenidos de América y sus secuelas de inflación y guerras afianzaron el parasitismo de las clases dominantes de la época.

Así, mientras en una serie de ciudades europeas se desarrollaba una burguesía ambiciosa, emprendedora, capaz de revolucionar el orden feudal y de abrir camino a la sociedad moderna, en España, la burguesía creció lánguidamente incapaz de romper con las trabas feudales y el absolutismo, viviendo a la sombra y bajo la protección de aquellos a quienes históricamente estaba llamada a derrotar, tomándose de prestado sus ideas y sus prejuicios reaccionarios. De esta suerte, la burguesía española fué impotente para realizar, a su tiempo, su propia revolución.

En España no se aplicaron medidas radicales contra la propiedad feudal de los terratenientes y los privilegios de los nobles —que en los países que se situaban entonces a la cabeza de Europa habían sido destruidos por la burguesía— hasta que no lo hizo el proletariado en alianza con los campesinos, con el Frente Popular, en 1936.

La desamortización, en el siglo XIX, no fué una revolución agraria, sino una operación con predominante carácter financiero destinada a obtener recursos para sostener las guerras dinásticas y las guerras coloniales. No afectó a los latifundistas de la aristocracia; tan sólo a las tierras de la Corona, de la Iglesia y de los Municipios. Las tierras expropiadas no se distribuyeron entre los campesinos; fueron sacadas a subasta en condiciones en que sólo acudieron a ella los más pudientes. De este modo pasaron a manos de la aristocracia terrateniente, contribuyendo a consolidar su monopolio de la propiedad agraria; a manos de los ricos de los pueblos, sólo una parte de los cuales las adquirieron por vocación campesina, en tanto que otros lo hicieron como fácil negocio y elemento de prestigio y poderío local. En todo caso, la estructura agraria, que sigue dominada por el latifundio, determina el marco en que van a moverse las nuevas explotaciones así surgidas.

Las consecuencias fueron sumamente graves para el país:

— retraso general, puesto que las estructuras agarratan el principal sector económico: la agricultura, dominio aplastante de la economía natural, mercado interior muy reducido y fuertemente bloqueado;

— bajísimo nivel de renta, que dificultaba extraordinariamente la acumulación. Pobreza y endeudamiento del Estado, tanto con la Iglesia a causa de la deuda originada por la desamortización, como con los usureros extranjeros por las guerras civiles y coloniales. Sistema tributario que esquilmeaba una economía exangüe;

— obstáculos enormes para la progresiva formación del mercado nacional. La escasa producción no alimentaría en la mayor parte de España corre a cargo de los artesanos o de una misérrima industria local, protegida además por la configuración orográfica, por la falta de medios de comunicación, por los portazgos medievales que persisten hasta el primer cuarto del siglo XX.

2 LAS CONSECUENCIAS HISTÓRICAS DE LA IMPOTENCIA REVOLUCIONARIA DE LA BURGUESÍA

La angustiosa situación financiera del Estado, la escasez de la acumulación interior, condujeron a la entrega de las riquezas nacionales al capitalismo extranjero: el mineral de hierro de Vizcaya, las piritas de Huelva y Sevilla, el cobre y el plomo de Andalucía, el zinc de Santan-der... Fueron igualmente entregados a manos extranjeras los ferrocarriles y una buena parte de los servicios públicos: suministros de agua, gas, electricidad, tranvías...

La burguesía fué incapaz de cambiar radicalmente este estado de cosas. Cada vez que surgió una ocasión de hacerlo mostró su impotencia a pesar de las corrientes liberales que existían en el Ejército. En la revolución frustrada que fué la guerra nacional contra Napoleón; en la revolución de 1820 a 1823; en la de 1834-1843; en la revolución

de 1856. Fué impotente para aprovechar el período revolucionario del 68 al 73, y dejó hundir la primera República.

La Restauración, la Constitución de 1876 forman el marco histórico en el que se consumó el abandono de la primogenitura revolucionaria de la burguesía española: el pacto de la burguesía con la aristocracia por temor a la nueva fuerza que hace acto de presencia, el proletariado.

Este pacto significó: que la burguesía renunciaba a hacer su propia revolución, dejando en pie el problema agrario y sin quebrar las estructuras feudales-agrarias. Es decir, con un mercado interior muy estrecho y de lento desarrollo, celosamente protegido; con una renta nacional baja y muy escasa acumulación. Sobre esta base se constituye la oligarquía financiero-terrateniente que había de pesar duramente sobre el desarrollo del país.

La oligarquía financiero-terrateniente consolidó su poder a través de un Estado centralista y burocrático que no sólo ahogó las aspiraciones políticas y sociales de las clases populares sino que colocó a importantes sectores de la propia burguesía industrial en una posición política subordinada.

El choque posterior de estas clases con el Estado centralista y burocrático, sobre todo cuando se hizo patente la crisis del sistema de la Restauración, sentó las bases para el surgimiento de los modernos movimientos nacionales en Cataluña, Euskadi y Galicia.

Estos movimientos nacionales, basados en una clara realidad diferencial, de fuerte raíz popular, expresaron las aspiraciones políticas de diversas clases sociales frente al poder de la oligarquía financiero-terrateniente. Inicialmente encabezados por sectores de la burguesía, más tarde intervinieron en su dirección otras clases sociales y representaron fundamentalmente una opción política democrática frente al Estado centralista burocrático.

La oligarquía financiero-terrateniente —de la que forman parte capitalistas catalanes y la gran burguesía vasca— siempre ha intentado dar cohesión a su propio bloque y arrastrar a los sectores más atrasados del resto de España presentando estos movimientos nacionales como movimientos separatistas. De ahí que los sectores más reaccionarios hayan hecho del unitarismo burocrático una gran arma política contra las aspiraciones democráticas.

Sólo bajo la II República se planteó la posibilidad de modificar la estructura burocrática y centralista del Estado y dar satisfacción a las aspiraciones democráticas de las nacionalidades con la política de Estatutos de Autonomía. Pero la victoria del franquismo significó una reaffirmación brutal del centralismo reaccionario, reaffirmación que fué acompañada de la feroz represión contra todas las expresiones de la personalidad nacional de estos pueblos.

Esta represión no ha logrado sus objetivos. Pese a las enormes dificultades que supone todavía para la libre expresión de las aspiraciones populares, la represión sólo ha conseguido dar cohesión, con más fuerza si cabe, a las comunidades nacionales catalana, vasca y

gallega, y provocar el despertar de las aspiraciones específicas de otras comunidades.

De esta manera, la cuestión de las nacionalidades se ha convertido en uno de los problemas políticos centrales del país. Su justa solución es un elemento esencial de la revolución española.

3 EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

A diferencia de lo sucedido en otros países capitalistas, hoy desarrollados, España no pasó por un dilatado período de desarrollo industrial con libre competencia para la formación de la gran industria, concentración, monopolio, fusión del capital industrial con el capital bancario y formación de la oligarquía financiera.

En España encontramos un elevado grado de monopolio, con un peso específico muy bajo del capital industrial nacional en el momento de formarse la oligarquía, todo ello debido al peso que desde comienzos de siglo empiezan a tener los grandes Bancos que cuentan con fuerte apoyo estatal.

La oligarquía afianzó su existencia en el Banco de España, Banco privado, dominado por la aristocracia terrateniente; en los Bancos de Bilbao, Urquijo y Cia. y el Banco Hispano Colonial, que se habían enriquecido con los préstamos al Estado, los suministros y la especulación ligados a las guerras dinásticas y coloniales. La Banca Urquijo administraba, además, parte importante de la deuda pública acumulada por la Iglesia con motivo de la desamortización.

A estos Bancos vinieron a sumarse otros, a primeros de este siglo: el Hispano Americano, el de Vizcaya y el Español de Crédito, con los que se completa el núcleo bancario que dominará la escena económica de la España contemporánea. Los nuevos Bancos se forman con los capitales coloniales que se repliegan a la península, principalmente capitales vascos y catalanes; con los capitales extranjeros ya instalados en España; con los españoles surgidos en torno a las inversiones extranjeras y en las actividades que esas inversiones han estimulado; y con los del sector de la aristocracia terrateniente más introducida ya en las actividades financieras.

Esta vía particular de formación de la oligarquía financiera en España: la extrema contradicción entre el grado de monopolización alcanzado por la industria básica en manos de la Banca y el nivel de dispersión y de atraso del conjunto de la base económica, son rasgos específicos, determinantes, de la estructura contemporánea de nuestro país.

Así, mientras entre las 200 principales empresas industriales del mundo no figura ninguna española, hay 3 entre los 50 Bancos más importantes. Así, igualmente, con un PNB (Producto Nacional Bruto) que es apenas un tercio del de Francia, los Bancos españoles obtienen, en cifras absolutas, beneficios dos veces más elevados que los franceses.

Así, las formas superestructurales del capitalismo monopolista de Estado han aparecido en España sin que la formación de sus estructuras haya seguido el mismo curso que en los países desarrollados, acentuando su carácter parasitario y su debilidad.

Todo ese proceso, muy esquemáticamente expuesto, explica que en el pasado, en vez de hacer la revolución democrática, la burguesía española, de la que son parte principal la catalana y la vasca, cerrase filas en torno a la autocracia monárquica, cada vez que el proletariado, los campesinos, los intelectuales y la pequeña burguesía reclamaban libertad.

4 LA OCASION PERDIDA DE LA II REPUBLICA

La República de 1931 daba a los pueblos de España la ocasión de elevarse al nivel de los países modernos, de abrir nuevos cauces al progreso social, así como de encontrar soluciones para la cuestión nacional y regional. La debilidad de sus gobernantes que no hicieron una verdadera reforma agraria y dejaron intacto el aparato estatal y militar de la Monarquía, dió a la oligarquía financiero-terrateniente facilidades para organizar con los generales fascistas y reaccionarios la sublevación de 1936.

En defensa de la República el pueblo unido en el Frente Popular, escribió una de las páginas más gloriosas de su historia. En el territorio republicano se llevaron a cabo hondas transformaciones sociales: fue, con todas sus dificultades y contradicciones, la primera experiencia de un sistema pluralista de colaboración de diversos partidos: comunista, socialista, anarcosindicalista, demócratas, nacionalistas, católicos en una lucha democrática que abría la perspectiva socialista. Causa decisiva de la derrota de la República fue la intervención de Hitler y Mussolini, con la «no intervención» de los Imperialismos francés, inglés y norteamericano.

La derrota de la República representó una catástrofe para el progreso histórico de España. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, la dictadura franquista hizo que España quedase marginada de las corrientes triunfantes, lo que perjudicó su desarrollo.

Mientras Italia, que había participado en la guerra contra la coalición antihitleriana, se insertó en la corriente de los vencedores, la burguesía española continuó sosteniendo al régimen fascista, oponiéndose a todo cambio democrático.

La política de las clases dominantes y, en nuestros días, la de la oligarquía financiero-terrateniente, han sido nefastas para el país y su desarrollo moderno. La ideología que ha inspirado a esas clases en siglo y medio apenas ha evolucionado. Los fascistas que gobiernan en el último tercio del siglo XX, se expresan con las mismas ideas y utilizan un lenguaje similar al de los apóstolicos del primer cuarto del siglo XIX

actualizado con una palabrería demagógica tecnocrática. Mientras en torno a ellos, en España y en el mundo, todo ha cambiado, perseveran en el mismo desprecio al pueblo e igual odio fanático a toda idea de democracia; en el cerrilismo centralista frente a la personalidad nacional de los pueblos que componen España y a las peculiaridades regionales; en parecida hostilidad a todo cuanto hay de progresivo en el mundo.

Durante decenios, casi podría decirse durante siglos, las clases dominantes han vivido postergadas ante sus defectos, adorándolos y entonándoles himnos cual si fueran virtudes. Su reaccionarismo se les aparecía como una especie de bendición del cielo; un privilegio otorgado por decisión divina, la marca del auténtico pueblo elegido. El socialismo, el liberalismo y la cultura, eran para ellos creaciones demoníacas. La misma Iglesia católica, el Vaticano, son considerados hoy, por los sectores más reaccionarios, como presas de la herejía y del contagio marxista.

5 ACUMULACION CAPITALISTA BAJO EL FRANQUISMO

A través de los largos años de franquismo la oligarquía financiera y terrateniente, con el monopolio del poder, ha llevado a cabo un intenso proceso de acumulación capitalista a costa de la explotación de todo el pueblo. Este intenso proceso sólo fue posible gracias a la nueva situación derivada de la guerra civil, que supuso la liquidación de todas las libertades políticas, sindicales y culturales, para la clase obrera y para las restantes clases y capas populares.

En el primer periodo la acumulación capitalista no se tradujo en ningún crecimiento económico particular; las estructuras agrarias, industriales, financieras y bancarias permitían obtener pingües beneficios gracias a la utilización de la violencia represiva para mantener a un nivel ínfimo los salarios; y además los gastos militares y de policía, la voraz y torpe burocracia falangista actuaron como un freno poderoso al desarrollo del país.

Conforme avanza la década del cincuenta, comienza a hacerse evidente el agotamiento de la vía autárquica. En febrero de 1957, la oligarquía prescindió del equipo falangista, abriendo paso al poder a los tecnócratas del Opus Dei. En el primer semestre de 1959 culminó la crisis de la vía autárquica, después de haber conducido a la economía del país al borde de la bancarrota.

Con el respaldo de los organismos financieros internacionales se elabora el Plan de Estabilización, que implicó la congelación de salarios y sueldos, la desaparición de las horas extraordinarias, el aumento del paro, un drástico descenso del nivel de vida de los trabajadores, la devaluación de la peseta en un 30%, la limitación del crédito, la conten-

ción del gasto público y ciertas medidas de liberalización del comercio exterior.

Pero el carácter reaccionario, clasista, del Plan, las estructuras económicas y las superestructuras oligárquicas y estatales, la propia incapacidad de los tecnócratas neocapitalistas del Opus, acentuaron una recesión económica que se prolongó casi dos años. Sólo salvaron entonces la situación, el intenso auge del turismo hacia España y el hecho de que la depresión interior coincidiera con un alza de la coyuntura económica internacional, particularmente en los países del Mercado Común, lo que permitió que el sobrante de mano de obra encontrara empleo en Europa.

Turismo y remesas de emigrantes e inversiones extranjeras permitieron poner fin, en ese momento, a la tradicional estrangulación de la Balanza de Pagos, haciendo posible una renovación del equipo Industrial que había llegado a un grado extremo de envejecimiento.

Al darse las máximas facilidades a la inversión extranjera, el capitalismo internacional acudió a España ansioso de participar en los negocios previsible en un país europeo con mano de obra abundante, apta y mal remunerada. Ramas fundamentales de nuestra economía caen bajo la dominación del capital extranjero.

6 CAMBIOS ESTRUCTURALES DESDE 1960: CONCENTRACION INDUSTRIAL Y EXODO RURAL

A partir de 1960 se inicia un crecimiento económico que ha impuesto cambios considerables.

La estructura de la sociedad española se aleja rápidamente de la de los países atrasados y se aproxima, si bien a cierta distancia, a la de los países capitalistas adelantados.

España se ha convertido en un país industrial-agrario. La población activa, en la industria y en los servicios, ha pasado a ser el 72% de la población activa total. Han nacido industrias modernas como la de material de transportes, la química y petroquímica, la de transformados metálicos, la electrónica, etc... Se han desarrollado notablemente los servicios, estimulados por el turismo. Las fuerzas de la cultura han crecido cuantitativamente y desempeñan un papel social mayor.

En el sector industrial, muchos fenómenos de concentración y reconversión, al ser realizados sin que los trabajadores y la burguesía no monopolista tuvieran posibilidades legales de defensa de sus intereses, han producido elevados costes sociales, fenómenos emigratorios y el empobrecimiento de muchas regiones en beneficio de los intereses de la oligarquía y del capital extranjero. Otras veces la industrialización se produjo acentuando los desequilibrios regionales y suscitando fenómenos de dependencia y subdesarrollo de los cuales es un claro exponente el de las industrias contaminantes que se implantan en áreas deprimidas.

alejándose así de éstas la posibilidad de una auténtica industrialización al servicio del progreso económico y social del pueblo.

En el campo se han mantenido intocables, en lo fundamental, las viejas estructuras latifundistas. De ahí que la pretensión de crear una agricultura moderna, basada en grandes empresas capitalistas, sin pasar por una reforma agraria democrática, haya determinado que, mientras la agricultura tradicional se está desintegrando, la agricultura moderna no tenga el peso ni el volumen que serían necesarios.

Con la ayuda del Estado se expolia a los campesinos, en beneficio del capital financiero. Este domina las redes de distribución, comercialización, la transformación de los productos agrarios y su exportación, así como la venta de equipos y elementos fundamentales para la producción. Ha tenido lugar una descapitalización y empobrecimiento del agro. Entre 1963 y 1973 la renta por persona activa en el sector agrario en relación con la media nacional descendió del 63,7% al 46,3%. Y en relación con la renta por persona activa en la industria y los servicios, el descenso fue del 53 al 29,11%.

A esa expoliación más que a un desarrollo moderno de la agricultura se debe el que la población activa agraria haya descendido a un 27%.

De 1962 a 1972 han sido abandonadas cerca de medio millón de explotaciones modestas mientras se acentúa la tendencia a la concentración de la gran propiedad agraria.

España, de exportador agrario, se ha convertido en un país fuertemente importador, con una balanza comercial agraria cada día más deficitaria.

El éxodo rural se realiza en condiciones anárquicas, arrojando todo su coste social y humano sobre las espaldas de los obreros agrícolas y de los campesinos, forzados a dejar sus tierras y a buscar muchos de ellos trabajo fuera de nuestras fronteras. Aldeas, pueblos y hasta comarcas enteras quedan despobladas o habitadas por mujeres y ancianos. Se han acentuado las desigualdades regionales.

El carácter bifronte, financiero y terrateniente, de la oligarquía, las particularidades del proceso de formación histórica del capital monopolista a que nos hemos referido, determinan que el crecimiento económico de estos años, pese a su importancia (inferior, sin embargo, a las posibilidades potenciales que ofrecía el país), presente particularidades y deformaciones que agravan todas las contradicciones ya existentes y engendran otras nuevas.

Sigue manifestándose el contraste entre la insuficiencia de la concentración industrial y la elevada centralización del capital; entre el desarrollo capitalista de la agricultura y la persistencia de la gran propiedad latifundista y su reverso minifundista. No en balde se habla de un sistema de economía dual o de dos Españas: la España de la problemática del subdesarrollo, del latifundismo, del atraso, y la España de la problemática, no menos conflictiva, del desarrollo monopolista.

7 LAS CONTRADICCIONES DE LA TECNOCRACIA INTEGRISTA Y EL DIVORCIO CRECIENTE ENTRE SOCIEDAD Y ESTADO

Las condiciones políticas en que ha transcurrido el desarrollo en estos años han creado una curiosa situación, de difícil parangón con la de otros países; la aparición de una tecnocracia, que en el terreno de la técnica económica trata de imitar al capitalismo desarrollado y en el de la política sigue nutriéndose de la ideología integrista y fascista. La de la política sigue nutriéndose de la ideología integrista y fascista. La personificación de esta aberrante simbiosis era el Opus Dei del primer periodo gubernamental, que pese a su carácter de secta no ha podido resistir los efectos disgregadores de esta contradictoria situación.

La articulación de la ideología neocapitalista y del integrismo medieval y fascista han compuesto el instrumento político que ha gobernado el crecimiento de estos años. En el terreno propagandístico y político ello ha dado origen a los más increíbles dislates de los hombres del régimen; a la creación de una terminología política abstrusa e indefinible, con la que se quiere casar concepciones e ideas antitéticas, o más bien disimular la imposibilidad de ese matrimonio.

A lo largo de la historia de España quizá nunca haya sido tan grande el divorcio entre la sociedad, en su materialidad real, y el sistema de ideas y poder que nos gobierna.

Este sistema acaba pesando sobre las condiciones del desarrollo y agravando sus contradicciones. Constituye una traba muy seria para pasar de la etapa del crecimiento extensivo a la del desarrollo intensivo y cualitativo que el país exige. Al depender, para su mantenimiento, del imperialismo extranjero, pero falto, al mismo tiempo, de autoridad y repudiado por la opinión pública internacional, el poder actual no está en las mejores condiciones para garantizar los intereses y los beneficios de los empresarios españoles.

Entre éstos, un nuevo sector, más ligado al desarrollo del capitalismo moderno, deja de comulgar con la ideología tradicional y trata de orientarse hacia Europa y hacia el resto del mundo capitalista. Ese sector busca en el desarrollo del capitalismo moderno en España, el medio de evitar la revolución socialista.

8 LA ÚNICA ALTERNATIVA EN ESPAÑA: LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

Sin embargo, cualesquiera que sean las posibilidades que en lo inmediato puedan ofrecérselo al capitalismo moderno, en nuestro país llega tarde a la cita de la historia. En los países capitalistas más desarrollados las contradicciones internas e interimperialistas van poniendo al orden del día la necesidad del socialismo. En España esa necesidad es, si cabe, más apremiante dado el retraso de nuestro país respecto a otros, la necesidad de superarlo, el peso que la clase obrera tiene ya en el conjunto de la sociedad, la debilidad intrínseca del sistema del

capitalismo monopolista de Estado, las agudas contradicciones que desgarran el tejido social. Aunque la solución de todas ellas no sea de carácter socialista, aunque muchas revistan aún el carácter de tareas que la burguesía resolvió en otros países, en el nuestro **sólo pueden ser abordadas y resueltas definitivamente por un poder político socialista.**

De ahí que el Partido Comunista de España estime como su misión fundamental forjar la alianza de fuerzas necesaria para derrocar el poder del capitalismo monopolista de Estado y realizar la revolución socialista.

Sólo por medio de la revolución socialista se resolverá la contradicción fundamental de la sociedad española: la contradicción entre el trabajo y el capital; entre la clase obrera y la masa de los asalariados y la burguesía.

Mas para plantearse de manera concreta y directa la solución de la contradicción fundamental, el Partido Comunista y las fuerzas socialistas tienen que abordar previamente la solución de otras contradicciones que hoy se encuentran en un primer plano, como son la planteada entre el capitalismo monopolista y su poder de Estado, y el conjunto del pueblo, desde la clase obrera a la burguesía no monopolista, también explotada por aquel.

9 EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

Bajo el dominio del capital monopolista, el poder del Estado ha experimentado considerables modificaciones. En otros tiempos, cuando la burguesía era todavía una clase revolucionaria, su poder se presentaba como el de todos los ciudadanos y el ejemplo más típico de las revoluciones burguesas, la francesa, inscribió en su frontispicio el atractivo lema de «Libertad, igualdad y fraternidad». Paulatinamente, el crecimiento y el poder del Estado apareció cada vez más claramente como el poder de la clase burguesa. Como proclamaba el «Manifiesto Comunista»:

«El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra».

Hoy, el Estado es el poder de la capa superior de la burguesía, de la capa monopolista. El poder de un grupo de monopolios dominantes, verdaderas feudalidades modernas, no de la burguesía en su totalidad.

Utilizando el poder del Estado, los grupos monopolistas no sólo se aseguran la superexplotación represiva de la clase obrera y de la masa de asalariados, sino que a través de los precios de monopolio de los productos básicos, del crédito, del impuesto, de las posiciones dominantes en el comercio exterior, explotan a la burguesía pequeña y media de una parte considerable de la plusvalía por ellas obtenida y de una fracción cada vez mayor de los ingresos de las profesiones liberales.

Los grupos monopolistas succionan permanentemente una gran parte de los recursos sociales, que ya no sirven exclusivamente a proveer los gastos del Estado, sino que son redistribuidos generosamente entre esos mismos grupos, en forma de inversiones estatales, de créditos para «estimular» el «desarrollo», de exenciones, primas al comercio exterior, prestaciones de servicios públicos a precios privilegiados, etc., etc....

La inmensa mayoría de la sociedad trabaja o acumula beneficios para una pequeña minoría que, monopolizando el aparato del Estado y en nombre de las exigencias del desarrollo económico, de la competitividad, del rendimiento, trata de identificar su interés particular con el de toda la sociedad, precisamente en el momento en que la realidad muestra cada vez más inequívocamente la contradicción y la incompatibilidad entre ambos.

La propaganda burguesa ha acusado tradicionalmente a los comunistas de pretender poner fin a la propiedad privada. En respuesta, los comunistas hemos proclamado desde los tiempos del «Manifiesto» que **en la sociedad capitalista que queremos liquidar, la propiedad privada está ya abolida para las nueve décimas partes de la población;** que «el comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar el trabajo ajeno por medio de esta apropiación» (1). El capitalismo monopolista, si bien asegura a toda la burguesía el derecho a explotar la fuerza de trabajo, ya no asume la defensa de la propiedad privada en general como en épocas anteriores.

Siempre en nombre de los nuevos fetiches —las exigencias del desarrollo económico, la competitividad, el rendimiento— declara abiertamente que el pequeño o mediano propietario no tienen derecho a subsistir. Declara que hay demasiados propietarios y que una gran parte de ellos deben sacrificarse y perecer en aras de las «grandes unidades de producción». El moderno Estado capitalista afirma sin reservas su misión: conseguir que los monopolios sean más fuertes y poderosos a costa, no sólo de las masas trabajadoras, sino de la misma burguesía, tanto agraria como industrial y comercial.

El poder del capital monopolista organiza metódicamente la destrucción de la pequeña y mediana propiedad; provoca a conciencia la ruina de numerosas empresas. Y todo ello, no en beneficio de la sociedad y del progreso, como aduce, sino en provecho de un grupo de feudalidades financieras.

Sin embargo, los ideólogos capitalistas llevan su cinismo hasta el punto de presentar su sistema como la aplicación de una ideología progresista, que superaría y dejaría atrás al marxismo. Con este fin, llaman «socialismo», al carácter cada vez más social de la producción; a la sociedad de consumo se le bautiza «socialismo»; a la intervención

(1) «Manifiesto Comunista» de Marx y Engels.

del Estado contra los sectores burgueses no monopolistas y a la utilización de los recursos nacionales para desarrollar los monopolios se le considera como un comienzo de «socialismo».

Más precisamente el neto dominio del Estado capitalista por la minoría monopolista determina que ese Estado sea cada vez más combatido, no sólo por su enemigo radical, la clase obrera, sino por sectores muy amplios de la misma burguesía que no han accedido al grado de monopolio.

Los enfrentamientos de los sectores agrarios con el aparato del Estado que les esquilma y no oculta su propósito de destruirlos, son el plato del día en los países europeos de capitalismo desarrollado, fenómeno que también se manifiesta en nuestro país.

Las organizaciones de pequeños y medianos comerciantes acosados por los supermercados, también sostiene una lucha más o menos confusa contra ese tipo de Estado.

Una parte de la misma burguesía se enfrenta así con un tipo de Estado que se ha convertido en el instrumento exclusivo de la capa monopolista.

De esta suerte se desarrolla en la sociedad capitalista moderna una contradicción político-social entre la gran mayoría de la población, incluidos asalariados, capas medias y pequeña y mediana burguesía de la ciudad y del campo, de un lado, y de otro la minoría oligárquica monopolista. En España esa contradicción la agudiza aún más el carácter a la vez monopolista y terrateniente de la oligarquía.

La existencia objetiva de esa contradicción no significa que todas las fuerzas sociales afectadas sean conscientes de ella. Corresponde al Partido Comunista y a las demás fuerzas progresistas del país esclarecerla, ponerla de manifiesto, a fin de crear un amplio frente antimonopolista y antilatifundista capaz de resolverla en favor de las fuerzas populares.

10 LA ETAPA INTERMEDIA DE LA DEMOCRACIA POLITICA Y SOCIAL

Evidentemente, la solución de esta contradicción no reside en la vuelta atrás, en un imposible retorno al capitalismo premonopolista. Si una minoría insignificante ha conseguido plantar su garra sobre lo esencial de las riquezas sociales y sobre el poder político, ello no es un accidente fortuito; es que esa minoría ha utilizado en su favor las leyes objetivas del desarrollo social y del desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

El capitalismo monopolista, el imperialismo es, en lo económico, la antesala del socialismo. La tendencia a la concentración es una ley obje-

tiva del desarrollo de las fuerzas productivas. La producción moderna tiene cada vez más un carácter social. Cada vez en una medida mayor los recursos que reclaman ese tipo de producción no pueden ser aptados por un propietario privado, sino por el conjunto de la sociedad. Tal carácter social, la amplitud de las inversiones que demanda el progreso de la moderna producción, la interrelación estrecha entre unas y otras ramas de la economía, desbordan la capacidad de los más potentes monopolios y exigen la utilización por éstos del poder del Estado.

Pero desde el momento en que la producción tiene ese carácter social, en que los recursos privados no son suficientes para el desarrollo económico y que hace falta utilizar los que pertenecen a toda la sociedad, se revela todavía con más fuerza la incongruencia, la monstruosidad de que sea una minoría privilegiada la que se apropia de los beneficios de empresas que son financiadas por el conjunto de la sociedad y que deberían revertir a ésta; la incongruencia de que sea esa minoría, la que detenta el poder del Estado, cuando éste debería estar en manos de los que con su labor crean la riqueza social.

Esta situación hace que las contradicciones sociales aparezcan de manera mucho más clara que bajo el capitalismo premonopolista. Se resulta que yo —obrero, profesional, funcionario, industrial, o comerciante pequeño y medio, campesino— estoy proporcionando, a través del impuesto y por otros múltiples canales, los recursos que mantienen a las grandes empresas, o permiten crear otras nuevas, ¿qué razón hay para que la propiedad y los resultados de ésta queden en manos de un puñado de oligarcas? Si los capitales que financian el desarrollo económico salen de mi trabajo, ¿qué razón hay para que el beneficio de éste vaya a un puñado de potentados, especialmente a los grandes Bancos? ¿Qué razón hay para que yo esté alejado de los centros de decisión donde se toman las opciones de ese desarrollo? ¿Qué motivo existe para que una sociedad que yo sostengo sea dirigida no por mí y por mis representantes directos, sino por equipos que sólo representan a aquellos potentados y a aquellos Bancos, y que actúan en perjuicio mío?

Además, los sectores populares que, de una u otra forma, son los artífices, los que financian el desarrollo, son cada vez más conscientes de que bajo el poder del Estado actual los grupos monopolistas no obtienen sólo los pingües beneficios que declaran, sino otros mucho más cuantiosos, inconfesados. Y que, paralelamente, con la más completa impunidad, realizan fantásticos desfalcos y estafas, en los que se volatilizan miles de millones salidos del bolsillo de los contribuyentes, desfalcos y estafas de los que éstos se enteran vagamente sólo cuando —como en el asunto «Matesa», «Reace» y «Sofico»— las querrelas por el reparto del botín traspasan los límites del hermetismo que rodea la gestión de dicho Estado.

A partir de esta contradicción, para resolverla, es posible unir en torno a la clase obrera a todas las capas sociales lesionadas por el capitalismo monopolista y su Estado.

Por esta razón el Partido Comunista de España estima que, en el camino hacia la revolución socialista, existe objetivamente una etapa intermedia que permite a la clase obrera ponerse al frente de las amplias masas populares, establecer una alianza con los amplios sectores sociales antimonopolistas para abatir el poder político y económico de los grupos monopolistas, dando así un paso decisivo hacia su propia liberación.

Esta etapa es la de la **democracia política y social o democracia antimonopolista y antilatifundista**. En ella no se trata de abolir la propiedad privada burguesa y de implantar el socialismo, sino de establecer un poder democrático de todas las fuerzas antimonopolistas, comprendida la pequeña y mediana burguesía, aunque lógicamente en este poder como en dicha alianza, el papel dirigente debe estar desempeñado, en definitiva, por las fuerzas del trabajo y de la cultura, por el bloque de los obreros, los campesinos y los intelectuales.

11 LAS GRANDES TAREAS DE LA DEMOCRACIA POLITICA Y SOCIAL

En el proceso de eliminación del poder del capital monopolista, la tarea esencial de la democracia política y social será resolver los agudos problemas del país, abriendo un período de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que creen las condiciones para el paso al socialismo.

Tales transformaciones, que son imperiosas, inseparables e interdependientes, sólo podrán ser realizadas con la activa participación, a todos los niveles, de los pueblos de España.

La democracia política y social implica, por consiguiente, la transformación del Estado hasta hacerlo instrumento idóneo para la realización de estos objetivos.

El Partido Comunista de España estima que la democracia antimonopolista y antilatifundista tendría que resolver las siguientes tareas fundamentales:

1.— Garantía de los derechos individuales y de las libertades democráticas, de palabra, prensa, reunión, manifestación, asociación y representación para todas las corrientes políticas e ideológicas. Gestión democrática de los medios estatales de comunicación de masas. Respeto al sufragio universal, basado en la representación proporcional como fuente de la soberanía nacional. Libertad de conciencia. Garantías plenas para la libertad de cultura. Respeto de la libertad sindical y el derecho de huelga. Independencia del aparato de justicia. Abolición de la pena de muerte y reforma del sistema penitenciario.

2.— Respetando el inalienable derecho de los pueblos a decidir libremente de sus destinos, la democracia política y social reconocerá el carácter multinacional del Estado español y el derecho de autodeterminación para Cataluña, Euskadi y Galicia, garantizando el ejercicio efectivo de ese derecho por los pueblos. Los comunistas propugnamos la libre unión de todos los pueblos de España en una República Federal.

3.— En el marco de esa República Federal, situaciones específicas como las de Navarra, País Valenciano, Baleares y Canarias, encontrarán, conforme a la voluntad libremente expresada por sus respectivos pueblos, las formas de autonomía adecuadas que faciliten la solución de sus problemas.

4.— Necesidad de dotar a las regiones españolas de órganos autónomos, políticos, administrativos y culturales, democráticamente elegidos, que completen la descentralización del Estado español, y estimulen la iniciativa creadora de sus pueblos en el contexto de la unión voluntaria entre ellos.

5.— Nacionalización de la Banca privada, las entidades financieras y las Compañías de Seguros. Las Cajas de Ahorro benéficas orientarán su actividad a financiar las necesidades sociales, el desarrollo regional y local.

6.— Nacionalización de las grandes empresas monopolistas.

7.— Transformación democrática de la agricultura lo que implica la supresión de la propiedad latifundista y la entrega de las tierras a quienes las trabajan para explotarla individual o colectivamente, conforme a la voluntad libremente expresada por ellos mismos. Terminar con la separación entre la propiedad de la tierra y el cultivo de la misma, suprimiendo las diversas formas en que se manifiesta, como el arrendamiento, la aparcería y el colonato. El poder democrático fomentará particularmente el desarrollo de las cooperativas y explotaciones de trabajo en común, garantizará a los que trabajan la tierra precios remuneradores, créditos, instrumentos de trabajo, ganado, semillas seleccionadas y demás elementos que contribuyan al desarrollo de la producción agropecuaria y al abastecimiento del país. Política agraria encaminada a alcanzar la paridad de rentas con los demás sectores, haciendo que el beneficio de la industrialización y comercialización quede en manos de los campesinos. Asignación de los recursos necesarios para la investigación agraria, la educación, la formación profesional, la sanidad y, en general, la transformación del medio rural.

8.— Las nacionalizaciones y expropiaciones estarán presididas por una orientación fundamental: reducir el poderío del capital monopolista y de los latifundistas, salvaguardando los inte-

reses de los pequeños accionistas y propietarios, de la burguesía no monopolista.

9.— Reforma del sistema fiscal, basada en la equidad contributiva, es decir, disminución de los impuestos indirectos, introducción de una escala tributaria acentuadamente progresiva sobre los altos beneficios y rentas y sobre las grandes herencias; desgravación total de los ingresos que deben ser considerados como salario familiar.

10.— El objetivo fundamental del desarrollo económico en la democracia política y social será el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. Ello implica, entre otras medidas, la garantía del trabajo, la fijación de un salario base que cubra satisfactoriamente, a tenor con el nivel general, las necesidades de la familia trabajadora. Su cuantía será fijada periódicamente con la participación de los representantes de los trabajadores. Con los mismos criterios y participación directa de sus representantes se establecerá la escala salarial, la duración de la semana laboral y el descanso anual.

11.— La democracia política y social tiene como uno de sus objetivos prioritarios la adopción de medidas efectivas contra todas las formas de discriminación de que es víctima la mujer en nuestra sociedad. Supresión de todas las leyes que colocan a la mujer en una situación de inferioridad con respecto al hombre así como de las que establecen la división entre hijos naturales e hijos legítimos. Aplicación efectiva de un salario igual, eliminación de todo tipo de discriminación en el trabajo, el estudio y la vida política y social. Labor educativa e ideológica contra la concepción tradicional de la supuesta superioridad del hombre tanto en el hogar como en la vida social. Legalización del uso de anticonceptivos y abolición de las leyes que castigan el aborto como un delito. Garantía a la pareja del derecho a decidir libremente los hijos que desean tener. Derecho al divorcio.

12.— Transformación democrática de la enseñanza considerándola como un servicio público gratuito desde la preescolar hasta la superior, que asegure la escolarización total de la población desde los 4 a los 16 años, y extensión de este tope en cuanto sea posible. Se respetará el derecho a la existencia de centros privados. Ayuda especial del Estado para garantizar una igualdad real en la educación para los sectores sociales más discriminados: los obreros y los campesinos. El Estado creará las guarderías necesarias para responder a las necesidades de la población. Exigencia de un ciclo único que unifique la enseñanza general teórica con la profesional, como paso inicial para superar el divorcio entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

Participación en la gestión de los centros y en la elaboración

de la política educativa general de todos los sectores afectados (enseñantes, alumnos y padres) y del conjunto de la sociedad.

Libertad ideológica de la enseñanza. Adaptación de los contenidos y métodos de la enseñanza a las necesidades de una sociedad moderna y democrática y a las adquisiciones de la ciencia. Enseñanza en las lenguas maternas, adaptada a las realidades históricas y culturales de los distintos pueblos de España. Establecimiento de una enseñanza permanente que, sin interrupción del trabajo en la producción, facilite un progreso general del nivel cultural y técnico.

Organización de un cuerpo único de enseñantes. Revalorización social del trabajo de los enseñantes y democratización de las vías de acceso a la docencia.

Enseñanza superior ligada a la investigación y capaz de cubrir las necesidades en profesionales y técnicos de un auténtico desarrollo económico y cultural. Autonomía y gestión democrática de los centros de enseñanza superior.

13.— El Estado deberá garantizar el derecho de todos los ciudadanos y de todas las comunidades, de ser creadores y receptores del arte y de la cultura, como medio para llegar al pleno desarrollo de la personalidad individual y colectiva. Para alcanzar estos fines se tomarán medidas de fomento y de estímulo y se suprimirá cualquier tipo de censura. Conservación del patrimonio cultural de los pueblos de España, que se manifiesta a través de diversas lenguas y de tradiciones y expresiones nacionales y regionales.

14.— Concesión a la investigación científico-técnica de un lugar prioritario en la política del Estado, por tratarse de una condición decisiva para un desarrollo económico auténtico. Fomento y coordinación de todo el potencial español en materia de investigación, tanto en la universidad como en otros centros, para ir reduciendo la dependencia del extranjero a la que hoy estamos condenados. Participación de España en una cooperación europea e internacional en el campo de la investigación, en condiciones de mutua ventaja.

15.— Organización moderna de la sanidad como un servicio social que cubra gratuitamente las necesidades de la población tanto urbana como rural. Planificación a esos efectos de los servicios de sanidad, prestando atención preferente a la medicina preventiva y a la investigación. Remuneración adecuada de los médicos de los Hospitales y, en general, de todo el cuerpo sanitario.

16.— Planificación democrática que combine la centralización indispensable para la realización de los objetivos globales

del desarrollo económico, con una amplia regionalización económica. Única forma de afrontar el agudo problema actual de los desequilibrios regionales. Las regiones deberán ser dotadas de recursos propios, al tiempo que se estructurará su participación en la elaboración y ejecución del plan estatal.

17.— El desarrollo económico se apoyará en el sector público de la economía. Sobre la empresa pública descansará la tarea de dotar al país de las producciones esenciales, al tiempo que facilitará la racionalización de la economía. Para alcanzar un nivel intensivo y cualitativo se dedicarán los recursos necesarios, se crearán las nuevas industrias, para las que nuestro país está mejor dotado, así como aquellas industrias de punta, impulsadoras del progreso económico contemporáneo.

18.— Respeto y ayuda, con créditos y con pedidos de las empresas públicas, a la industria no monopolista. Coordinación de la actividad de las grandes empresas públicas y de las empresas privadas, a través del plan del Estado. Representación correspondiente de los empresarios no monopolistas en los organismos del plan.

19.— Respeto y ayuda al comercio privado pequeño y medio; a las empresas de servicios no monopolistas. Estímulo a formar cooperativas que permitan su adaptación a las necesidades modernas.

20.— La administración de las empresas monopolistas nacionalizadas se realizará bajo el control e intervención directa de comisiones elegidas democráticamente por sus trabajadores, con formas autogestlonarias.

21.— En las empresas privadas funcionarán también comisiones elegidas democráticamente por los trabajadores que tendrán un derecho de control sobre condiciones de trabajo, distribución del empleo, higiene y respeto de la legislación social.

22.— Plenos derechos civiles y políticos para la juventud, incluido el de voto a partir de los 18 años. Medidas para garantizar el desarrollo intelectual, cultural y físico de los jóvenes. Salario igual al de los adultos para la misma categoría de trabajo. Flexibilización del servicio militar para hacerlo compatible con el curso normal de los estudios, del aprendizaje profesional y del trabajo.

23.— Establecimiento de un sistema de seguridad social, que garantice las prestaciones familiares, el seguro de paro y la pensión de retiro; que equipare a los trabajadores del campo y del mar con los de la ciudad, comprendiendo los llamados autónomos. Este sistema de seguridad social, pagado por el Estado

y las empresas, debe estar administrado por órganos dirigidos democráticamente por los trabajadores.

24.— Democratización de la vida municipal con la participación de los vecinos mediante sus organizaciones autónomas, ciudadanas y de barrio. Reforma urbana que aborde los problemas de todo género que representa la acumulación de una enorme población en las ciudades modernas. Medidas efectivas para eliminar la especulación del suelo urbano. Supresión del chabolismo mediante una política de construcción de viviendas baratas y confortables. El objetivo primordial será una vivienda para cada familia. Será escrupulosamente respetada la propiedad sobre la vivienda, tanto en el caso de uso personal, como en el de que esa propiedad sea fruto del ahorro personal. Se darán facilidades reales —a diferencia de lo que sucede hoy— para el acceso a la propiedad de los que están pagando una vivienda comprada. Se ayudará por medios técnicos y económicos a los trabajadores que, individual o cooperativamente, deseen construirse su propia vivienda.

25.— La planificación democrática tendrá en cuenta la necesidad de preservar el equilibrio ecológico, la defensa del medio ambiente. Frente a la peligrosa situación de hoy causada por la irresponsable instalación de industrias contaminantes, se dictarán las medidas necesarias para evitar que los complejos fabriles y centrales electro-nucleares degraden el medio natural. Se orientará a mejorar el medio urbano con espacios verdes. Asimismo se crearán nuevos parques nacionales y se protegerán con mayor eficacia los ya existentes. Playas y ríos serán objeto de legislaciones especiales que garanticen su utilización pública frente a los crecientes abusos de la industria turística privada.

26.— Relaciones de la Iglesia y el Estado basadas en la separación, en la no confesionalidad del Estado y el derecho de los ciudadanos a profesar o no una religión y a practicar el culto de su preferencia. No se permitirá ninguna discriminación por motivos religiosos. Garantía para cuantas familias deseen dar a sus hijos una educación religiosa fuera de los programas escolares.

27.— Racionalización general del aparato administrativo público, a todos los niveles, inspirándose en el principio de descentralización que, por otra parte, vendrá facilitado por la estructura federal del Estado. Adopción de medidas que contrarresten las tendencias burocráticas y rutinarias de la Administración Pública. Establecimiento de cauces de acceso y control ciudadano de dicha Administración. Derechos de los funcionarios a crear sus organismos sindicales. Reforma en un sentido democrático del aparato judicial.

28.— Mantenimiento de un Ejército permanente como instrumento para la defensa de la independencia y la soberanía nacional. Desarrollo de la investigación y de la industria nacional de armamento, a fin de dotar al Ejército de los medios defensivos necesarios, superando la dependencia actual de potencias extranjeras. Elaboración de una política nacional de defensa, basada en el principio de la «guerra de todo el pueblo», en caso de ataque a la integridad territorial y a la independencia de España. Organización de formaciones territoriales con la participación de todo el pueblo, entrenadas por oficiales del Ejército y capaces de integrarse a éste en caso de guerra, para defender más eficazmente al país.

29.— Mantenimiento de unas Fuerzas de Orden Público orientadas exclusivamente contra las actividades antisociales y nunca contra las justas luchas de las masas por sus derechos. Derecho de sindicalización de las Fuerzas de Orden Público.

30.— Política exterior pacífica, independiente y soberana. No pertenencia a los bloques militares, lucha por abolir los existentes y supresión de las bases militares extranjeras. Entrada de España en la Comunidad Económica Europea y democratización de la misma. Diversificación y desarrollo de las relaciones económicas internacionales. Solidaridad con los pueblos que luchan contra el imperialismo. Renuncia a las posesiones coloniales en África, retirada de las tropas españolas del Sahara Occidental y devolución a Marruecos de Ceuta, Melilla, Islas Chafarinas, Peñón de Vélez de la Gomera y Alhucemas, salvaguardando mediante acuerdo mútuo, los intereses legítimos de los españoles allí residentes. Reivindicación de Gibraltar como parte integrante del territorio español.

31.— Política de protección efectiva hacia los emigrados españoles respecto de sus derechos políticos y ciudadanos. Medidas que contribuyan a conservar en ellos y en sus hijos los lazos con España, y facilidades para su reincorporación al país.

El Partido Comunista de España estima que la elaboración concreta de las medidas que corresponden a este período, habrá de realizarse basándose en los programas sectoriales de los movimientos de masas y con su colaboración.

12 DIFERENCIAS ENTRE DEMOCRACIA POLITICO-SOCIAL Y SOCIALISMO

La democracia política y social representará el paso a la propiedad social de los instrumentos económicos y financieros decisivos, hoy en

manos de la oligarquía. Será, por tanto, un avance de importancia histórica hacia la socialización de los medios de producción. Pero no será todavía el socialismo.

En la democracia política y social subsistirán como tales la inmensa mayoría de los actuales propietarios burgueses. Las estructuras económicas españolas comprenden un número amplísimo de empresas pequeñas y medianas que continuarán existiendo. Ello significa que subsistirá una clase burguesa, con sus características sociales, políticas e ideológicas que ejercerá una influencia no desdeñable en el conjunto de la sociedad y que tenderá naturalmente a la hegemonía. Significa que en el seno de esa sociedad seguirá desarrollándose una activa lucha de clases en todos los terrenos; que en la vida política, social, cultural, continuarán manifestándose las fuerzas y las tendencias burguesas con todas las garantías legales. Que la clase obrera, los campesinos, las fuerzas de la cultura, el conjunto de los asalariados, y las formaciones organizadas que les representan, tendrán que desarrollar una lucha consecuente para impedir el retorno a formas monopolistas de la propiedad burguesa; para crear una conciencia socialista en las grandes masas populares que garantice la marcha hacia la realización del socialismo.

Denominar ya socialista a un régimen de estas características equivaldría a rebajar el socialismo, que es no sólo un sistema de propiedad social del conjunto de los medios de producción y de cambio, sino una nueva civilización, con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de la conciencia individual y social, de relaciones de igualdad y libertad, no sólo determinado por el carácter de las clases que ejercen un papel dirigente desde el poder, sino por los cambios efectivos que estas clases han logrado realizar en las estructuras económicas y en las superestructuras y la conciencia sociales.

La democracia política y social no es aún el socialismo. Pero es la fase inmediata del desarrollo social para avanzar hacia él.

El enemigo principal que tiene la clase obrera en su lucha por el socialismo es el capital monopolista y su poder de Estado. Con este enemigo principal se enfrentan hoy, no sólo la clase obrera sino sectores amplísimos de las capas medias e incluso de la burguesía.

La opresión centralista sobre las nacionalidades y comunidades diferenciadas, el desequilibrio regional, las condiciones actuales de crisis económica exacerbada, además, el choque de los sectores burgueses no monopolistas con la oligarquía y su Estado.

Esos factores confirman la posibilidad concreta de una alianza muy amplia de la clase obrera, capas medias y sectores burgueses en pro de las transformaciones de la democracia política y social. Tal alianza, como todas, exige concesiones mutuas. La clase obrera se compromete a respetar la propiedad no monopolista en la etapa de la democracia política y social, a cambio del apoyo de las fuerzas sociales ligadas a aquélla para poner fin a la gran propiedad monopolista y a su poder de

Estado. Las capas no monopolistas, acosadas por el proceso de concentración y acumulación de la riqueza en pocas manos, se asocian a la clase obrera a cambio de esa garantía a su estatuto social y político.

Las posibilidades de esa alianza se apoyan en España en una situación objetiva particularmente favorable si la clase obrera sabe utilizarla. Porque nuestro país estará en condiciones de recuperar mucho más aceleradamente el retraso histórico que le separa de los países más desarrollados, con un sistema de democracia política y social, capaz de realizar una concentración más completa de todos los recursos para el desarrollo y de generar un impulso colectivo del pueblo trabajador en esa dirección, que bajo la dominación de una oligarquía monopolista, caracterizada por su integración con los latifundistas, su ideología integrista, su desprestigio político-social, su parasitismo y su corrupción y la ausencia de todo sentido nacional.

13 LA DEMOCRACIA POLITICA Y SOCIAL PREMISA DEL SOCIALISMO EN LA LIBERTAD

Todo lo anterior equivale a decir que la lucha por la democracia política y social coincide con la defensa del interés nacional, con la necesidad de hacer de España un país moderno.

El Partido Comunista de España se pronuncia por esta vía porque considera, además, que es la que permitirá alcanzar más rápidamente una forma, un modelo de socialismo más elevado y más completo para nuestro país.

A la pregunta: **¿Será posible abolir de golpe la propiedad privada?**, Engels contestaba en «Principios del Comunismo»:

«No, del mismo modo que no cabe multiplicar de golpe las fuerzas productivas existentes en la medida necesaria para crear el comunismo. La revolución del proletariado, que a todas luces se avecina, se limitará, pues, a transformar gradualmente la sociedad actual hasta que la existencia de la masa necesaria de medios de producción le permita abolir la propiedad privada.»

La experiencia histórica de otras revoluciones ha confirmado, con ejemplos positivos y negativos, esa previsión de Engels.

Cuando en determinadas condiciones históricas, los poderes revolucionarios han precipitado el paso de toda la propiedad privada a propiedad social, ello se ha traducido generalmente en una destrucción y desorganización de fuerzas productivas y de servicios que ha radicado en el empeoramiento de las condiciones de vida de las masas.

La razón reside en que la propiedad artesanal, la pequeña y hasta cierto punto la mediana empresa y el comercio del mismo tipo, no son formas económicas maduras para el socialismo. Son formas primarias del régimen burgués, en cuyo funcionamiento económico eficaz el prope-

torio desempeña aún un gran papel. La forma económica concreta más madura para el socialismo que puede pasar sin transición a propiedad social es, precisamente, la gran empresa.

En su lucha por crear el socialismo, a la clase obrera le conviene más, **le resulta más barato** —cuando es posible— pagar una compensación, por injusta que sea desde el punto de vista de la igualdad, a una serie de propietarios privados difíciles de reemplazar en todo un período, que desposeerles, desorganizándolos así una parte de la producción —generalmente de amplio consumo—, provocando la escasez, la paralización de ciertos servicios —particularmente el comercio— y, por tanto, el empeoramiento de las condiciones de vida de las masas populares.

Sólo el desarrollo de la gran industria pública puede crear la abundancia de productos que haga innecesaria y económicamente anacrónica la producción del pequeño propietario.

Del mismo modo, sólo el desarrollo de grandes sistemas públicos de servicio social que alcancen a los más amplios sectores de la población, hacen superfluos los servicios del propietario individual.

Y la industrialización moderna de la agricultura es el único camino real para que el paso a la propiedad social de la pequeña y mediana propiedad no implique una caída de la producción agraria, cuyas consecuencias paga generalmente el trabajador como consumidor.

Por ello, según el modelo de desarrollo económico socialista que el Partido Comunista propone para España, la abolición de toda forma de propiedad privada capitalista se hará de forma gradual, a medida que se multipliquen las fuerzas productivas, que se consiga la abundancia de productos, la extensión de los sistemas de servicios. Para regular y asegurar la dirección del proceso en un sentido socialista la clase obrera dispondrá de dos palancas esenciales: el poder político y la propiedad social de los medios fundamentales de producción y de crédito que hoy detenta la oligarquía.

En el orden político este modelo facilita el carácter democrático del proceso. Contrarresta peligros de burocratización y fenómenos de corrupción.

La escasez, las dificultades de abastecimiento que pueden originar el boicot imperialista extranjero y el sabotaje de los grupos sociales derrotados, se ven sumamente agravadas por medidas de desposesión de la pequeña y mediana propiedad, por la falta de comprensión del papel económico útil que estas capas son capaces de desempeñar en todo un período.

Se crearía así el peligro de que, junto con estas capas, numérica y socialmente importantes, una parte del pueblo y de la misma clase obrera se alejen del socialismo y sean manejadas por la contrarrevolución. De hilo en ovillo esto puede obligar al nuevo poder a aplicar medidas más severas de coerción, a reducir las libertades democráticas, a desarrollar los organismos burocráticos para paliar los resultados

negativos de esta situación. Es decir, a emprender un camino que puede provocar crisis graves en el seno mismo de las fuerzas de vanguardia y deformaciones en el sistema socialista.

Marx y Engels decían ya en el «Manifiesto» que el proletariado en el poder «para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital» sólo podrá hacerlo mediante lo que ellos caracterizaban como «una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción». Más tarde Marx formuló la noción de «dictadura del proletariado».

Pero esa violación despótica, esa dictadura que constituye el período de transición, debe ser a la vez la más amplia y completa democracia para el pueblo.

Para que sea así es fundamental edificar el sistema socialista sobre bases y en formas comprensibles para la inmensa mayoría del pueblo, que conquisten el más amplio asentimiento social y se basen en la participación y responsabilización directa en ellas de la mayor parte del pueblo.

14 PLURALISMO POLITICO E IDEOLOGICO

La explicación de esta forma, de este modelo de socialismo que propugna el Partido Comunista de España, quedaría incompleta si no añadiéramos otros elementos políticos e ideológicos importantes.

El primero de ellos es que nosotros no concebimos el futuro sistema socialista en España como un sistema de partido único, dominando el poder del Estado, sino como un sistema democrático pluripartidista.

La lucha por el socialismo no se plantea hoy en la misma forma que hace más de medio siglo, cuando en la consolidación de la Revolución triunfante en Rusia no creía más que una vanguardia ardiente y heroica pero relativamente reducida, cuando el mismo Lenin admitía la posibilidad de la derrota: «O bien la revolución internacional vendrá en nuestra ayuda, pensábamos nosotros, y entonces nuestras victorias serán absolutamente garantizadas, o bien realizaremos nuestra modesta tarea revolucionaria con el sentimiento de que, en caso de derrota, habremos servido de todos modos a la causa de la revolución y que nuestra experiencia beneficiará a otras revoluciones». (1)

La consolidación del Estado soviético, la victoria de la Revolución en China y en otros países, incluso con toda la problemática inherente al atraso económico originario en la mayoría de ellos, han hecho avanzar prodigiosamente las ideas del socialismo, la necesidad de soluciones socialistas a la crisis del imperialismo.

(1) Lenin. Obras Completas. Tomo 32, pág. 511.

A la vez, los acelerados progresos de la ciencia y la técnica han extendido el conocimiento, la cultura, la influencia del materialismo científico, disipando innumerables dogmas y prejuicios.

El socialismo se ha convertido hoy en una necesidad objetiva para la inmensa mayoría de la humanidad.

Hoy son partidarios de soluciones socialistas numerosos demócratas y progresistas que no comulgan con el marxismo revolucionario en su aspecto filosófico, pero que comparten sus críticas y soluciones económicas frente al imperialismo; demócratas y progresistas que no se sienten atraídos por las formas políticas que tienen los países en los que actualmente existe la propiedad colectiva de los medios fundamentales de producción y de cambio, pero que están convencidos de la necesidad de la socialización de la propiedad.

Del seno de la socialdemocracia, de los movimientos católicos, de grupos demócratas surgen así fuerzas socialistas que piden participar con su propia personalidad, y tienen derecho a ello, en la edificación de una nueva sociedad socialista.

Por otra parte, el progreso de las fuerzas productivas, de la ciencia y la técnica, ha proporcionado a la clase obrera y a los campesinos trabajadores un aliado de calidad: los intelectuales en su gran masa. Estos aportan a la lucha por el socialismo una contribución cultural, una nueva capacidad de influencia en el terreno ideológico. En las entrañas de la vieja sociedad capitalista, no sin procesos contradictorios, se forja ya la nueva intelectualidad técnica, científica y creadora que facilitará la tarea de las próximas revoluciones.

Hoy es imposible la unidad en un solo Partido de todas esas fuerzas y tendencias que se orientan hacia el socialismo. Inevitablemente, o existen o se formarán diversos partidos que actuarán como tales durante largo tiempo.

La misma etapa de democracia política y social que prevemos para nuestro país supondrá la existencia de partidos políticos representativos de los sectores burgueses no monopolistas, que en el proceso de las transformaciones socio-políticas puedan evolucionar —por lo menos en parte— hacia las soluciones socialistas.

Se trata, pues, de orientarse hacia un modelo de socialismo pluripartidista y democrático en el cual, no sólo se conservarán sino que se elevarán a un nivel superior todas las libertades personales y políticas conquistadas en la etapa anterior, un socialismo basado en la soberanía popular expresada a través del sufragio universal.

Será una experiencia nueva, no exenta a su vez de problemas y contradicciones, de riesgos y peligros. Las clases derrotadas tratarán seguramente de infiltrarse en unos u otros partidos, los más débiles ideológicamente, para frenar el desarrollo del socialismo y tirar hacia atrás. Las fuerzas de vanguardia tendrán que enfrentarse con esas dificultades sobre la marcha con formas y métodos adecuados, promoviendo siempre la actividad directa de las masas para superarlas.

La pluralidad de partidos determina otro de los rasgos de la forma de socialismo que estimamos probable para España: el Estado socialista no tendrá una filosofía oficial; se desplegará una lucha ideológica libre y abierta, incluso entre las fuerzas socialistas afines.

El Partido Comunista considera que en la experiencia pluripartidista y democrática del Frente Popular, que formó en la zona republicana un régimen democrático nuevo, ya no capitalista, orientado hacia el socialismo, hay un antecedente que no podría copiarse mecánicamente puesto que los tiempos y las fuerzas en presencia han cambiado, pero que puede ofrecer materia de experiencia y reflexión valiosa para el futuro.

La elaboración de las vías y las formas del socialismo en España tendrá en cuenta de manera crítica la experiencia de los países donde el socialismo triunfó anteriormente y las aportaciones que vayan aflorando en la búsqueda de un modelo de socialismo para los países capitalistas desarrollados.

III. La contradicción entre las exigencias de un desarrollo moderno para España y el régimen fascista. La lucha por las libertades

1 EL PACTO PARA LA LIBERTAD

Tanto la contradicción fundamental entre proletariado y burguesía, como la contradicción entre las clases y capas antimonopolistas y el poder político y económico de los monopolios, se encuentran hoy enmascaradas, ocultas, para vastos sectores populares y obreros por la existencia de la dictadura fascista de Franco y la total ausencia de libertades democráticas. **Prácticamente, mientras no se levante esta hipoteca, mientras el pueblo no recupere las libertades democráticas, la perspectiva revolucionaria permanecerá cerrada para millones de hombres que lógicamente deben ser sus protagonistas.**

El Partido Comunista de España estima que la primera tarea por resolver es la conquista de las libertades políticas.

De hecho, a lo largo de los últimos años de intenso crecimiento capitalista ha ido concretándose una contradicción entre las necesidades del desarrollo nacional y las estructuras fascistas del régimen.

Esa contradicción afecta, en primer lugar, a la clase obrera y las fuerzas de la cultura que necesitan libertad, cada una en su terreno; afecta a los campesinos pobres y medianos que no tienen prácticamente ningún instrumento de defensa frente a la política de la oligarquía financiera y terrateniente que les expulsa metódica e implacablemente de sus tierras; afecta a amplios sectores de la burguesía agraria descontentos de la explotación monopolista, de la competencia exterior, de las dificultades para acceder al mercado europeo y de la falta de una auténtica política de promoción de la agricultura y la ganadería.

Pero, por otra parte, los sectores más dinámicos del empresariado, ligados al crecimiento de estos años, se percatan también de que en esta época de aceleración de la competencia y la concentración, las estructuras fascistas no facilitan el funcionamiento de los factores económicos y sociales que han sido motor de la expansión capitalista en otros países. Es más, son un obstáculo a la negociación en el Mercado Común, con respecto al cual los españoles sufrimos prácticamente todos los inconvenientes sin tener acceso a las posibles ventajas.

Al mismo tiempo, los efectos ideológicos negativos del origen hitleriano del actual régimen español son visibles en sus contactos con el exterior para una generación ascendente que no hizo la guerra y que no asume la responsabilidad de sus resultados.

Así, el divorcio entre la sociedad española de hoy y el régimen surgido de la victoria fascista del 39, que se prolonga hasta nuestros días, ha alcanzado proporciones abismales.

2 LA JUNTA DEMOCRÁTICA

Partiendo de esta realidad, el Partido Comunista de España preconiza una alternativa democrática que dé a la actual situación una salida en interés de las masas populares y facilite, a la vez, una convergencia entre las fuerzas de diverso signo interesadas en poner fin a la dictadura, sobre bases muy amplias, que no prejuzgue ni el régimen político ni las transformaciones sociales futuras, dejando estas cuestiones para su solución en un marco democrático.

Los puntos esenciales de convergencia posible que el Partido Comunista de España ha venido destacando son los siguientes:

- 1.— Un Gobierno provisional de amplia coalición.
- 2.— Amnistía total para los presos y exiliados políticos.
- 3.— Libertades políticas sin ninguna discriminación.
- 4.— Reconocimiento de la personalidad nacional específica de Cataluña, Euskadi y Galicia, mediante la aplicación provisional de los Estatutos de Autonomía puestos en vigor o plebiscitados en los años 30. Autonomía para las regiones.
- 5.— Elecciones libres a Cortes Constituyentes que decidirán el futuro régimen político de España.

Las proposiciones del Partido Comunista de España permitirán el paso de la dictadura fascista a la democracia, la realización de una verdadera revolución política con la menor violencia posible y eliminando el peligro de una nueva guerra civil.

La Junta Democrática de España expresa esta necesidad. Su plataforma recoge las medidas imprescindibles para poner fin a la dictadura y establecer en España una situación de libertades democráticas en la que el pueblo pueda decidir de sus propios destinos.

La Junta Democrática ha puesto en marcha en todo el país una dinámica unitaria, amplia, ofensiva, capaz de agrupar y coordinar a todas las fuerzas partidarias de una auténtica alternativa democrática, de debilitar y aislar a los elementos ultras, de deshacer los engaños seudoliberales del continuismo juancharlista.

La Junta Democrática estimula y potencia el despliegue de extensos y combativos movimientos de masas que preparan una acción democrática nacional susceptible de poner fin al poder dictatorial.

La creciente convergencia de fuerzas plasmada en torno a la Junta Democrática, el protagonismo de las masas que ésta facilita y estimula, crean condiciones para que parte del aparato estatal se incline del lado de la democracia, para que el Ejército no se oponga a la voluntad de la inmensa mayoría de la sociedad española, aceptando, e incluso facilitando, el cambio democrático que devuelva al pueblo el ejercicio de su soberanía.

Frente al camino de la revolución política, de la ruptura democrática, que encarna la Junta, los elementos franquistas intentan imponer el **continuismo** del régimen con la sucesión juancharlista. Esta solución se presenta con dos caras, una más inmovilista, «bunquerizada», otra con pretensiones **aperturistas**.

Contra toda forma de continuismo, la alternativa democrática seguirá siendo nuestra solución. La sucesión juancharlista, que puede venir impuesta cualquier día desde el actual poder, no resolverá los problemas del país, aumentará la confusión y la inestabilidad política, y no impedirá el triunfo de la libertad. Producirá un desgaste mayor de la oligarquía y radicalizará las fuerzas populares.

En tal situación, debilitada toda la estructura del poder al haber desaparecido la figura de Franco, y pese a las maniobras reaccionarias, las masas, tras el auge combativo de estos años, irrumpirán en las calles con toda energía para imponer los objetivos democráticos que reclama la sociedad española hasta culminar en la revolución política que acabará con todos los restos del poder dictatorial.

La conquista de las libertades significará que ante nuestro país se abren dos vías de desarrollo posibles:

- 1.— La vía del desarrollo hacia la democracia política y social, y el socialismo, es decir, el desenvolvimiento de la revolución política inicial en un sentido social.
- 2.— La vía de un desarrollo neocapitalista.

Que España tome una u otra vía dependerá de la capacidad o incapacidad de las fuerzas socialistas para unirse y conquistar el apoyo de los sectores no monopolistas y, en último extremo, de la voluntad democrática del pueblo.

3 EL PAPEL DE LOS MOVIMIENTOS DE MASAS EN LA LUCHA POR LA LIBERTAD Y POR LA DEMOCRACIA POLITICA Y SOCIAL

Cuando presentamos el Pacto para la Libertad, según hoy puede preverse, como una **convergencia**, queremos subrayar el carácter **transitorio** de ese acuerdo. En efecto, la diversidad de las fuerzas que pueden concertarse en él es tan **varia**, la naturaleza de clase de ellas tan **opuesta**, que sólo cabe concebir su coincidencia como un momento determinado por la existencia en el poder de un **anacronismo**, heredado de período de Hitler y de Mussolini, que hay que **arumbar**: la dictadura fascista de Franco.

La tarea esencial del Pacto para la Libertad consiste en poner término a las consecuencias y los residuos de la guerra civil, en elaborar un nuevo marco político democrático acorde con las exigencias generales de libertad y en actuar como una especie de Mesa electoral que garantice el recurso al sufragio universal en condiciones de respeto para todas las familias político-sociales, **realmente** existentes en el país, sin discriminación.

Realizadas estas tareas, las contradicciones de fondo existentes en nuestra sociedad se revelarán con más claridad y el Partido Comunista y otras fuerzas socialistas y democráticas, fuera ya de la clandestinidad, podrán establecer vínculos más directos con la clase obrera y las amplias masas populares y conseguir que estas tomen una participación más abierta y responsable en la marcha del país.

En ese momento se producirá una nueva decantación: por un lado se agruparán las fuerzas decididas a encauzar el desarrollo del país por una vía neocapitalista. Por otro, las que nos proponemos orientar por una vía no monopolista, de democracia política y social.

Las condiciones para una alianza auténtica y duradera entre la clase obrera, los campesinos, las fuerzas de la cultura, las capas medias de profesionales, empleados y funcionarios y la burguesía no monopolista, se perfilan netamente.

Frente al peligro que para ellos significa esta alianza, los representantes del capital monopolista utilizarán todo género de medios: desde la demagogia hasta la amenaza, pasando por la mixtificación y la falsificación de los fines reales de las fuerzas democráticas. Intentarán explotar las diferencias naturales entre los diversos sectores político-sociales de la alianza, tratando de convertirlas en antagonismos. Tratarán de jugar con las impaciencias izquierdistas para atemorizar a sectores más moderados, y, viceversa, de utilizar la moderación de estos sectores para exasperar a los más izquierdistas.

En estas condiciones la viabilidad y consolidación de la alianza de fuerzas antimonopolistas dependerá de la definición justa de sus objetivos; de la capacidad del Partido Comunista y de las fuerzas más

conscientes para contrarrestar las maniobras de los adversarios y preservar la unidad en toda circunstancia; de la conciencia creada en torno a la necesidad de subordinar los intereses parciales, pasajeros, de uno u otro sector, a la realización del conjunto del programa.

Las formas concretas que tomará la alianza de fuerzas antimonopolistas, no es posible establecerlas desde ahora. Lo esencial es que esa alianza sea capaz de implantar un poder político decidido a realizar su programa, un poder auténticamente popular.

Durante los últimos años han surgido movimientos profesionales y socio-políticos de masas, que no sólo ocupan hoy un lugar fundamental en la lucha contra la dictadura, sino que están llamados a desempeñar un relevante papel a lo largo de todo el proceso de construcción de la democracia política y social y del socialismo.

Se trata de las Comisiones Obreras, el movimiento campesino, los movimientos juveniles, el movimiento estudiantil, el de marineros y pescadores, las Asociaciones de Amas de Casa y otras organizaciones de mujeres, las Asociaciones de vecinos y otras entidades de barriada, las agrupaciones de comerciantes, los Colegios profesionales, los movimientos de trabajadores y Funcionarios de la Administración, las Entidades culturales y recreativas, y las organizaciones legales de masas de todo tipo. A través de ellos el pueblo busca vías de organización y de participación colectiva que le niega el régimen fascista, y se articula en torno a sus problemas laborales o profesionales, culturales o ambientales, asumiendo la defensa de sus intereses cotidianos mediante formas de democracia directa.

Estos movimientos vienen expresando en los últimos años reivindicaciones cada vez más amplias y complejas en las esferas del trabajo, la vivienda, la enseñanza, la sanidad, la cultura y el medio ambiente, entre otras, que ponen de manifiesto la creciente madurez de las masas populares para tomar en sus manos la gestión de sus propios asuntos. A la vez, el peso de la clase obrera, la influencia de las ideas democráticas y socialistas, se manifiestan en ellos con una gran riqueza de matices, configurando en todos los ámbitos de la vida social las aspiraciones a un profundo cambio.

Con el desarrollo de estos movimientos de masas se crean las condiciones para incorporar a millones de personas a una actividad colectiva, político-social, que abre a la vida ciudadana nuevas dimensiones, no sólo en la lucha actual por la democracia política, sino también en el proceso de avance hacia el socialismo. Son un ámbito privilegiado para construir y afianzar la alianza de todas las clases y capas antimonopolistas, necesaria para derrotar a la oligarquía financiera.

El Partido Comunista de España estima su deber —y así ha venido haciéndolo— contribuir al surgimiento, extensión y desarrollo de dichos movimientos; a su orientación antifranquista resuelta; a la clarificación de una perspectiva antimonopolista común. Todo ello respetando la personalidad propia de cada uno de estos movimientos, su carácter democrático y su autonomía.

4 LA ALIANZA DE LAS FUERZAS DEL TRABAJO Y DE LA CULTURA

En nuestro país las fuerzas motrices de la lucha antifranquista, y más decididamente interesadas en que España se desarrolle por la vía de la democracia política y social y el socialismo son:

En primer lugar, la clase obrera. A la clase obrera ha correspondido en nuestro país, incluso por la defección histórica de la burguesía con respecto a sus tareas revolucionarias, el papel de ser la principal portadora del progreso, tanto en cuanto a las tareas específicas de la revolución burguesa, como cuando se pusieron a la orden del día las tareas de la lucha democrática antimonopolista y socialista.

La clase obrera ha justificado históricamente su papel de clase de vanguardia, de clase revolucionaria, desde los intentos de revolución burguesa de mediados del siglo XIX hasta las luchas de hoy.

La guerra revolucionaria contra el fascismo dió a la clase obrera y a las masas populares la ocasión de mostrar su elevada conciencia revolucionaria, su combatividad, su capacidad para asumir el papel de fuerza dirigente de la sociedad. Sin la intervención militar de las potencias extranjeras fascistas, sin el bloqueo de las restantes potencias capitalistas, amparado por la llamada política de no intervención, el pueblo español, encabezado por la clase obrera, habría derrotado al fascismo y España habría conocido el triunfo de la primera democracia antimonopolista y antilatifundista de Europa.

La clase obrera sufrió las terribles consecuencias de la derrota y del terror fascista más que ninguna otra clase social. Fue diezmada, sometida a la más bárbara represión.

Y sin embargo, no cesó de luchar. Primero en las guerrillas; luego en los importantes movimientos huelguísticos que han tenido en España una amplitud y una persistencia no logrados antes en ningún país dominado por el fascismo. Paso a paso, a pesar de fusilamientos, torturas, prisiones y despidos masivos, la clase obrera ha ido recomponiendo sus fuerzas, actuando como un ejemplo para todos los sectores democráticos de la sociedad. Así, incluso bajo el peso del fascismo, ha logrado poner en pie su propio movimiento independiente, las Comisiones Obreras; ha estimulado a otros sectores sociales a la organización de sus fuerzas y a la lucha; ha estado en su puesto de vanguardia.

La clase obrera se ha ganado un gran prestigio entre las otras capas sociales antimonopolistas.

Al desarrollarse, al crecer cuantitativa y cualitativamente, la clase obrera se ha convertido en la más numerosa y decisiva de la sociedad.

Es la clase que no tiene nada que perder con la caída de la dictadura fascista, con la liquidación del poder político y económico de los monopolios, con la abolición de la propiedad privada capitalista, y en cambio tiene todo que ganar.

Por las características de su situación en la actual sociedad y en relación con los medios de producción, y también por sus tradiciones progresivas y revolucionarias, la clase obrera es naturalmente la clase dirigente de la revolución española.

Los comunistas somos partidarios de una central sindical única; la división sindical sólo favorece a las clases explotadoras. Pero esta cuestión tienen que decidirla los mismos obreros y nadie puede imponerles desde el Poder una ni otra solución: ni la unidad ni el pluralismo. Si los trabajadores optan por la unidad sindical, defenderemos la democracia obrera a fin de que todas las tendencias con influencia real estén representadas, con arreglo a su fuerza, en la dirección de la central sindical única.

En segundo lugar, el aliado tradicional de la clase obrera, los campesinos. Por su situación, condenados a la expulsión de la tierra y al éxodo ante la concentración de la propiedad en manos de los grandes terratenientes, de la burguesía agraria y de las empresas capitalistas; por la política expoliadora del poder franquista que reduce sus ingresos a un nivel de subsistencia insostenible, y también por las tradiciones históricas de la lucha revolucionaria, los campesinos trabajadores son el aliado natural de la clase obrera. Durante la guerra de 1936-39 fueron el grueso de la infantería y la cantera de muchos de los cuadros del Ejército Popular. Ellos dieron también posteriormente una buena parte de los mejores combatientes de las guerrillas.

El proceso de concentración de la propiedad, que ha favorecido en estos años a los terratenientes y a la clase de los propietarios ricos, ha hecho también que en ciertas regiones agrarias, de tradición reaccionaria y clerical, cambie considerablemente la mentalidad del campesino en un sentido progresista. A ello ha contribuido, asimismo, la evolución de la Iglesia española, la quiebra de su ideología más integrista, y el crecimiento en ella de corrientes progresistas.

Los campesinos también están interesados en el advenimiento de la democracia política y social y en el socialismo. Numerosos signos indican hoy que van tomando conciencia de su situación y hay ejemplos, cada vez más frecuentes, que indican que esa conciencia se transforma en acción. La lucha de los campesinos será una aportación decisiva a la revolución española.

En tercer lugar, la clase obrera y los campesinos trabajadores cuentan hoy con un nuevo y poderoso aliado: las fuerzas de la cultura. Entre los cambios estructurales habidos en nuestro país, uno de los más importantes es el crecimiento cuantitativo de las fuerzas de la cultura.

Este aumento cuantitativo trae aparejados cambios de calidad en la situación social de los intelectuales y en su papel en la producción. En el pasado eran una capa social ligada estrechamente a las clases dominantes, confundándose e integrándose en ellas. Actualmente, a pesar del atraso de España respecto a la revolución científica y técnica, co-

mienza a producirse una diferenciación que se irá acentuando inevitablemente en el futuro.

El crecimiento de las fuerzas productivas hace que los científicos y técnicos participen cada vez más directamente en la producción. Si bien una parte de ellos sigue situada socialmente al lado de las clases dominantes, suministrando a éstas tecnócratas, managers y altos funcionarios, la masa de los trabajadores científicos y técnicos, al intervenir más directamente en la producción, se inserta en la masa de los asalariados, aunque sus salarios sean generalmente más elevados; acuden, como el trabajador manual, al mercado a vender su fuerza de trabajo, y aunque sea en un grado más atenuado conocen la explotación y la alienación capitalista. Esto les lleva a adoptar posiciones reivindicativas frente al capital y a tomar conciencia por un camino no siempre fácil, de su situación social.

La situación de otros sectores intelectuales tiende a aproximarse también a la de los citados, debido a la sensible reducción del ejercicio liberal de muchas profesiones y a la conversión de un número creciente de profesionales en asalariados y funcionarios, así como a su alejamiento de los centros de decisión.

La orientación general de la enseñanza está dictada hoy principalmente por las exigencias productivas. En algunos países las escuelas y las universidades están ya directamente ligadas o son dependientes de grandes empresas. Su finalidad es reproducir la fuerza de trabajo cualificada, que es una fuerza productiva esencial en toda la sociedad moderna. Por eso hoy el personal docente está también muy ligado a las necesidades de la producción. Igual ocurre con profesionales como los economistas y los sociólogos. Los mismos médicos, con los avances de la medicina social, se dedican cada vez más directamente a mantener en buenas condiciones la fuerza de trabajo de los asalariados, para que éstos rindan más y para disminuir el absentismo.

Por otra parte, el desarrollo cuantitativo de las fuerzas de la cultura hace que a éstas afluyan en mayor proporción personas provenientes de las capas medias, no poseedoras de medios de producción, menos ligadas socialmente al interés capitalista.

Todas estas características estructurales nuevas que van tomando las que denominamos **fuerzas de la cultura**, en una época de crisis del imperialismo y de ascenso del socialismo, hacen que amplios sectores de las mismas adopten una actitud crítica no sólo frente a la dictadura franquista, sino frente a la sociedad capitalista. Su mayor formación cultural les lleva con frecuencia a analizar globalmente la sociedad capitalista, a descubrir más fácilmente su irracionalidad y decadencia y a optar por el socialismo.

Esta actitud es más evidente en los profesionales jóvenes formados en estos últimos años, en un período de menor aislamiento nacional, de permeabilidad de las fronteras, que ha permitido a muchos conocer la realidad de la situación no sólo en España, sino en los países socia-

listas y en los países capitalistas desarrollados. Y lo es aún más en los intelectuales que se están formando, es decir en los estudiantes universitarios y, por extensión, en los bachilleres, entre los que una gran masa tiende también hacia posiciones socialistas.

Por todo ello las fuerzas de la cultura desempeñan ya un importante papel en la lucha de masas, ideológica y política.

Más espectacular y activa es la participación de los estudiantes a quienes la concentración por miles y decenas de miles en facultades y centros universitarios, ofrece la posibilidad de un contacto político y una organización más elevados y eficaces a la hora de la acción de masas, concentración comparable por su voluntad a la de los obreros en las grandes empresas industriales.

Junto con una fuerza de masa cada vez mayor, con el apoyo que puede ser para la lucha de la clase obrera la presencia de Ingenieros y técnicos en sectores del aparato productivo que, a veces —como en el caso de los especialistas de electrónica que manejan las computadoras— pueden paralizar fácilmente este aparato y desorganizar el funcionamiento de servicios y empresas claves; con la influencia política positiva que ejercen en el seno de las capas medias de las que provienen y con las que están ligados; al lado de todas estas nuevas posibilidades, los intelectuales aportan al movimiento revolucionario una contribución de cultura que puede facilitar la lucha por el poder y, una vez conquistado éste, la edificación de una nueva sociedad en condiciones más favorables que las que se dieron en revoluciones pasadas.

Es verdad que, por su origen, o por su posición social todavía incierta, por la inmadurez de este fenómeno aún reciente, surgen aspectos contradictorios. Pero esto no disminuye la importancia revolucionaria de tales cambios que, en definitiva, redundarán en una potenciación de la lucha por el socialismo.

En el pasado, en los períodos en que la lucha de clases estaba a punto de decidirse, cuando el proceso de desintegración de la clase gobernante devenía evidente, una parte de ésta se desprendía de ella y abrazaba la causa revolucionaria. Y así como en el período de la Revolución burguesa, una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, en las revoluciones proletarias una parte de la burguesía pasa al campo del proletariado, «particularmente —decían Marx y Engels en el «Manifesto»— ese sector de los intelectuales burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico».

Pero el fenómeno del paso de gran parte de las fuerzas de la cultura al campo de la clase obrera, si bien indicá hasta qué punto ha madurado el socialismo en las entrañas de la sociedad capitalista, cuán próxima está la revolución, es un fenómeno distinto al que señalaba Marx. Es consecuencia de que el desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas conduce a borrar las diferencias entre trabajo intelectual y trabajo manual, y bajo el capitalismo moderno tiende —subrayando el carácter

tendencial— a integrar en una misma clase explotada y alienada, a la mayoría de los trabajadores intelectuales con los trabajadores manuales.

Partiendo de esta situación, el Partido Comunista estima que la vieja fórmula de la **alianza de los obreros y los campesinos** ya no expresa cabalmente la composición del bloque de fuerzas sociales a las que corresponde ser motor de la Revolución socialista y por eso ha elaborado la tesis de la **alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura**, que presupone aquella e incluye la nueva fuerza intelectual.

De hecho, ya hoy, esa alianza es el motor de la lucha antifranquista y revolucionaria en España.

5 EL PAPEL Y LAS CARACTERÍSTICAS DEL PARTIDO COMUNISTA

¿Qué papel corresponde al Partido Comunista en el proceso revolucionario? ¿Cuáles son los principios sobre los que está organizado el Partido Comunista y que rigen su funcionamiento?

El Partido Comunista se inspira en los principios del marxismo y del leninismo, en las adquisiciones teóricas que el movimiento revolucionario mundial acumula incesantemente. La aplicación práctica de esos principios a nuestro país se traduce en el desarrollo de una política de masas, unitaria y democrática. El Partido Comunista se orienta a asimilar lo nuevo y a evitar que las tesis superadas se conviertan en dogmas paralizantes. El Partido Comunista, partido revolucionario del proletariado, agrupa en sus filas a los hombres y mujeres de vanguardia de la clase obrera, de los campesinos trabajadores y de las fuerzas de la cultura.

Se propone realizar la revolución socialista y se esfuerza por estar en punta en la elaboración del conocimiento revolucionario que viene dado por el contraste y las síntesis de la teoría y la práctica.

La historia ha confirmado que este método marxista, científico, coloca al Partido Comunista en mejores condiciones que las de cualquier otro partido obrero para dirigir al proletariado y a sus aliados en el combate por la conquista del poder político y la realización del socialismo.

El Partido Comunista existe para la acción política, para la lucha revolucionaria que ha de transformar la sociedad. En esa lucha, estima que las libertades democráticas y el respeto a la voluntad popular, expresada a través del sufragio universal, son consustanciales con el avance del socialismo y con la naturaleza de éste.

El Partido Comunista considera que en determinadas condiciones históricas es necesario e inevitable apelar a la violencia para derrocar los poderes reaccionarios que obstaculizan dictatorialmente el avance

de la sociedad y para replicar a la violencia reaccionaria. Tampoco descartamos que la vía democrática hacia el socialismo pueda conocer momentos de violencia. Pero, en tal caso, la violencia será utilizada en defensa de la democracia, en defensa del derecho de la mayoría, en defensa del sistema plural de libres contrastes, del derecho del pueblo a extender la democracia política al terreno social, del derecho a edificar libremente una sociedad sin explotados ni explotadores.

El Partido Comunista es esencialmente un **partido de combate** y se estructura para cumplir su misión tanto en las condiciones de la legalidad democrática como en las de la ilegalidad impuesta por regímenes tiránicos.

Si el Partido Comunista ha podido mantenerse, extender su influencia, consolidarse cada vez más como el primer partido político de la oposición española y adquirir características de partido de masas, ello se debe a la justeza de su línea política, a la participación de los militantes en su elaboración, aplicación y contraste con la realidad, y a sus formas organizativas que han evolucionado, adaptándose en cada momento a las condiciones concretas.

El **centralismo democrático** es el principio de organización de nuestro Partido. Las características de aplicación de esta norma varían según la situación. En las condiciones de guerra, de lucha armada, la estructura y el funcionamiento del partido se han adaptado naturalmente a las tareas fundamentales de ese momento, es decir, a las tareas militares. Gracias a ello, el partido ha sido la organización política más eficaz en el período de la guerra contra el fascismo, como lo reconocen incluso sus críticos más obstinados.

En las condiciones de la ilegalidad y del terror, el partido se ha estructurado para hacer frente a esas circunstancias. Hasta sus adversarios admiten hoy que el Partido Comunista es la fuerza más organizada de la oposición.

¿Cuáles han sido las exigencias que el partido se ha impuesto conscientemente en esas dos situaciones?

En primer lugar, una unidad y una disciplina extraordinarias, como correspondía a un partido de combate. Una marcada acentuación del centralismo y una reducción obligada de la democracia. Una subordinación severa de los organismos inferiores a los organismos superiores. Un predominio de los métodos de cooptación sobre los de elección. Una vigilancia siempre alerta contra la penetración del enemigo, que en esas condiciones se esfuerza siempre por introducir sus agentes en nuestras filas o por reclutar a militantes débiles y vacilantes. Una lucha incesante contra todos los factores de desorganización, de relajamiento, sea cual fuere su naturaleza, susceptibles de ser utilizados por el enemigo para golpearnos. Un repudio enérgico de todo diletantismo, de toda irresponsabilidad y ligereza en la actividad de los cuadros y militantes. Una lucha sin fallas, con medidas políticas, y, cuando es necesario,

organizativas, contra toda actividad fraccional. De esta suerte el compromiso del militante con el partido en los periodos de guerra e ilegalidad exige sacrificios y renunciaciones que incluso no todos los que simpatizan con nuestras ideas han estado siempre dispuestos a hacer, pero que han sido la condición de la continuidad y la eficacia de la labor del partido.

Así nos lo ha impuesto la dureza de las condiciones en que hemos tenido que luchar. El Partido Comunista no es responsable de que a lo largo de casi toda su existencia haya tenido que desenvolverse en las condiciones de ilegalidad o guerra. La responsabilidad de esta situación incumbe al reaccionarismo y agresividad de las clases dominantes de nuestro país.

Nosotros no ocultamos, con una demagogia fácil las limitaciones de la democracia interna en estas condiciones. Tampoco las presentamos como una virtud, como un modelo ideal para todas las situaciones. Somos, además, conscientes de sus riesgos.

Pero con todas las limitaciones que nos impone la existencia de la dictadura fascista, sin aminorar la vigilancia revolucionaria, ya hoy la salida a la superficie, la conquista de zonas de libertad, hacen necesario ir a formas nuevas de organización que permitan al partido tener un dinamismo, una agilidad, una presencia sin las cuales no podrá cumplir sus tareas. Esas formas deben servir para impulsar la discusión democrática en las células y comités, para dar la amplitud y responsabilidad convenientes a sus órganos dirigentes en los diversos niveles, para propiciar el contacto estrecho y la intercomunicación de ideas y experiencias entre las diferentes organizaciones del partido.

El Partido Comunista ha dado ya importantes pasos en la lucha contra el sectarismo y el dogmatismo, en un proceso de constante renovación, integrando la aportación del espíritu de rebeldía de la juventud, de las fuerzas de la cultura, de cristianos que luchan por el socialismo, con una amplia apertura a la discusión de las cuestiones ideológicas. Ha avanzado en la creación de diversas formas de organización no regulares en las que hoy se agrupan miles de comunistas. Todo ello contribuye a su transformación en un gran partido de masas.

Todos los marxistas, todos los revolucionarios tienen un puesto en el Partido Comunista. La incorporación al Partido de diversos sectores de ETA y la entrada colectiva de «Bandera Roja» demuestran que organizaciones procedentes del nacionalismo revolucionario y organizaciones marxistas pueden, a partir del análisis de su propia experiencia, coincidir con la orientación y los objetivos de nuestro Partido. Los casos citados, de indudable significación, ofrecen un precedente válido para otras organizaciones revolucionarias.

Los comunistas tenemos aún que superar los restos de rigideces y dogmatismos que nos vienen del pasado de nuestro movimiento y que

pueden ser hoy un freno. Se trata de superar los tiempos en que el comunismo era una especie de Iglesia con sus «dioses» y sus «dogmas», una especie de «secta» cerrada, depositaria de «verdades estáticas e indiscutibles».

Si queremos abordar las tareas de hoy con un criterio verdaderamente científico, marxista, con un entusiasmo revolucionario consciente, con la claridad de objetivos necesaria para lograr el triunfo de nuestras ideas, debemos enraizarnos en nuestro pueblo, no resignarnos a los «ghettos», comprender e interpretar los problemas y los intereses de la clase obrera y de las corrientes progresistas de la sociedad. Debemos desarrollar cada vez más nuestra política y lograr que ésta conquiste a la mayoría de la sociedad. Todo lo que avancemos en este camino nos pondrá en las mejores condiciones para la nueva situación. Es indudable que la conquista de las libertades señalará el momento de abrir una profunda discusión en nuestras filas sobre el funcionamiento y las características del partido proletario de nuevo tipo en las condiciones de la legalidad democrática. Un Congreso organizado sobre la base de la más amplia discusión previa y de la elección democrática de los delegados tendrá que decidir sobre los métodos y formas organizativas que corresponden al partido de masas que ya estamos forjando, partido llamado a ser la garantía del avance de la revolución española, del socialismo en la democracia.

6 POR UNA NUEVA FORMACION POLITICA QUE AGRUPE A TODAS LAS FUERZAS SOCIALISTAS

El Partido Comunista de España se atiene a las enseñanzas leninistas sobre las características peculiares y la originalidad de formas de la revolución en cada país. Por eso no se considera atado por ninguna particularidad específica de otras revoluciones y de otras experiencias de los Partidos comunistas. Aprende críticamente de todas ellas, asimila las diversas experiencias pero considera su deber no incurrir en ningún mimetismo.

El Partido Comunista de España reconoce la existencia real de diversas tendencias socialistas en la sociedad española y entiende que en general, esas tendencias están llamadas a desarrollarse porque se basan en el hecho de que, hoy, paralelamente a la clase obrera, otras capas sociales no proletarias tienden objetivamente hacia el socialismo, como forma de sociedad superior y capaz de poner término a las injusticias del capitalismo.

La perspectiva previsible es que el conjunto de la clase obrera y de esas capas se organicen de forma autónoma, en sindicatos, cooperativas, asociaciones sociales o socio-políticas de diverso tipo, y en otros partidos o agrupaciones políticas.

El Partido Comunista será partido de vanguardia, no por privilegios

constitucionales o administrativos, sino en la medida en que logre unir en sus filas a las fuerzas más avanzadas y dinámicas de la clase obrera y de otros sectores sociales, en que sepa elaborar las soluciones más acertadas para el desarrollo de la democracia y del socialismo.

El problema que se planteará ante las fuerzas que sinceramente quieren derrocar el explotador sistema capitalista y acceder al socialismo, será el de unir sus esfuerzos con vistas a cumplir el objetivo común. Y para que esa unión sea efectiva, teniendo en cuenta que la realización del socialismo no es cuestión de un momento, de unas elecciones, de unas reivindicaciones, habrá que lograr, en definitiva formas de unidad en la acción no ocasionales, de largo alcance, articuladas y eficaces.

El Partido Comunista considera que ya desde hoy habría que comenzar a elaborar el proyecto de una **formación política**, capaz de anular todas las tendencias socialistas sin sofocar a ninguna, sin anular sus características ideológicas, sin comprometer su fisonomía particular, su independencia, su campo de acción propio.

Esa nueva formación política, incluyendo partidos, agrupaciones, organizaciones diversas que no sacrificarían sus estructuras, su ideología ni su programa específico, podría dotarse de un **programa común socialista, de órganos comunes de elaboración colectiva de las decisiones políticas relacionadas con la aplicación de ese programa; podría establecer una cierta disciplina común en la aplicación de dichas decisiones.** Cuando lo estimase útil, podría afrontar luchas parciales, políticas, electorales o de otro género como tal formación.

Así la nueva formación política representará una alternativa real de la sociedad capitalista, capaz de movilizar a la mayoría del pueblo, de aislar a los grupos políticos del capital monopolista, es decir, de crear las condiciones para el triunfo de la nueva sociedad que, aislados, ni nuestro partido ni ninguna de las otras agrupaciones socialistas serían capaces de crear.

Si hablamos de una nueva formación política estable y permanente es porque ninguna unión ocasional puede ser suficiente para realizar tarea histórica de tanta envergadura.

Tal formación política representaría una garantía actuante del carácter democrático y pluripartidista de la sociedad socialista hacia la que marchamos y, en definitiva, una forma muy elevada de concreción política de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Esa nueva formación política presupone la necesidad de que exista un fuerte Partido Comunista de masas, con un gran núcleo de cuadros preparados que actuaría, en el seno de la nueva formación, con los mismos derechos y deberes que los otros, esforzándose por desempeñar un papel unitario y por pesar en su orientación en el sentido de la realización de una política socialista consecuente.

7 NECESIDAD DE LA REVOLUCION SIGNIFICADO DE LA HUELGA NACIONAL

La revolución es un factor indispensable del progreso histórico. Todo cambio que reemplaza a un régimen político por otro diferente, más progresista, es una revolución. Todo desplazamiento del poder de unas clases sociales por otras, más avanzadas, es una revolución. A la vez, toda revolución política tiene un contenido social más o menos profundo. La revolución socialista es la transformación social más radical porque la clase obrera, al derrocar a la clase de los capitalistas sienta los jalones, por primera vez en la historia, de una sociedad sin clases, y por tanto sin diferencias ni luchas de clases, de una sociedad auténticamente igualitaria, libre y fraternal: el comunismo.

La experiencia de las revoluciones políticas y sociales que la humanidad ha conocido muestra que éstas pueden desarrollarse con un grado mayor o menor de violencia, según las circunstancias concretas y el nivel de maduración de las condiciones objetivas y subjetivas.

En muchos casos, las importantes violencias de que han ido acompañadas las revoluciones se han producido a causa de la intervención de fuerzas extranjeras en ayuda a las fuerzas reaccionarias y contra los poderes revolucionarios. Tal fue el caso de la Revolución Francesa y, más aún, de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia.

El desarrollo del moderno aparato de Estado ha hecho que las revoluciones sean más difíciles que en el pasado. La época de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes que derrotaban a tropas reducidas y tomaban el poder, ha pasado, por lo menos en los países desarrollados.

Hoy la revolución sólo puede triunfar con el apoyo y participación de las grandes masas populares, arrastrando a su lado a una parte del aparato del Estado y neutralizando otra.

En este sentido, el gigantismo del moderno aparato de Estado que le hace aparecer como invencible, puede ser también, en determinadas circunstancias, causa de su debilidad.

En la actualidad, España está necesitando una revolución política que acabe con las estructuras fascistas y establezca las libertades democráticas.

La resistencia a esta necesidad no procede de la decisión de ninguna parte importante de la población que esté dispuesta a defender al régimen, decisión que no existe por ningún lado o, si acaso se reduce a pequeños grupos de nostálgicos y fanáticos. La resistencia reside en el poderío del aparato del Estado. Pero el hecho de que el poder, el Estado, esté al servicio de los grupos monopolistas y clases dominantes, no significa que la masa de sus funcionarios, en unos u otros servicios esté políticamente al lado del fascismo.

Precisamente el gigantismo y la tecnificación crecientes del aparato del Estado obliga a éste a reclutar buena parte de sus funcionarios no

entre los miembros de las clases dominantes, sino entre las capas medias de la población, y en muchos casos entre las fuerzas de la cultura. Y cuando estas capas sociales se van enfrentando con el régimen, su influencia llega también a los funcionarios y crea condiciones para atraer o neutralizar a una parte de ellos.

Además, también los funcionarios tienen reivindicaciones, y a veces muy apremiantes, frente a ese patrón desmesurado que es el Estado actual.

Por otra parte, cuando las fuerzas de la revolución maduran en un país, se produce una tendencia, en parte de los grupos dominantes a pasar del lado de las fuerzas portadoras del porvenir; una tendencia que se refleja en la predisposición de muchos funcionarios a servir ya a los futuros detentadores del poder.

Un partido revolucionario, a la vez que cuida celosamente del desarrollo y organización de la lucha revolucionaria de masas, tiene que prestar gran atención a extender su influencia entre los hombres del aparato del Estado. La capacidad y la seriedad de un partido revolucionario se mide también por la importancia que concede a esta labor.

El Partido Comunista de España ha elaborado la tesis de la Huelga Nacional, como forma del levantamiento popular que puede conducir al triunfo de una revolución política en España, y a abrir la vía hacia la democracia política y social y el socialismo.

La Huelga Nacional no es simplemente el cruzarse de brazos y el esperar a que el Estado se derrumbe, conforme a la vieja utopía anarquista.

Tampoco se limita a la Huelga general política en sus formas tradicionales conocidas.

La Huelga Nacional es la movilización y el enfrentamiento de las más amplias capas antifranquistas encabezadas por la clase obrera contra el poder actual. Por eso el detonante natural de la Huelga Nacional habría de ser la huelga general política de la clase obrera y, desde luego, está claro que será su columna vertebral.

Se trata de conseguir una participación activa de Instituciones tales como la Iglesia, o de amplios sectores suyos, de los Colegios profesionales, de parte de la Magistratura; de lograr el apoyo o la neutralización de parte del Ejército e incluso de la Fuerza Pública.

Se trata de llevar la acción de manera ofensiva a la calle, con manifestaciones combativas, desbordando a las fuerzas represivas, ganando en la acción el apoyo activo de éstas para reducir los núcleos de resistencia allí donde surjan. De reclamar e imponer la instauración de un gobierno provisional democrático, creando metódicamente en el curso de la lucha centros de poder a todos los niveles: en los barrios, las empresas, las universidades, los municipios, las provincias, las regiones y las nacionalidades, transformando la prensa y los órganos de propaganda audiovisual en centros de sostén de la Huelga Nacional, al tomar la dirección sus empleados y trabajadores, democráticamente.

Ciertamente, la Huelga Nacional no puede ser decretada por ningún partido ni organización, caprichosamente y a fecha fija. La Huelga Nacional como todo levantamiento revolucionario, necesita: 1) coalición de fuerzas democráticas; 2) preparación política y organizativa; 3) coyuntura favorable, es decir una situación objetiva que facilite su desencañamiento.

Las luchas de la clase obrera, los campesinos, los estudiantes y los intelectuales; de amplios sectores profesionales; las posiciones de la Iglesia; los progresos de la unidad; la actividad firme y resuelta de los comunistas y otras fuerzas democráticas, todo ello, en contraste con el proceso de descomposición de las fuerzas dominantes, es el camino seguro que nos conducirá a la Huelga Nacional.

8 NUESTRO IDEAL: EL COMUNISMO

A través de esta exposición de nuestras ideas y fines hemos tratado de contestar a las preguntas que hacíamos al comenzar este Manifiesto-Programa.

¿Qué queremos, qué nos proponemos los comunistas? ¿Cuál es el ideal por el que dieron y siguen dando su vida miles y miles de héroes, por el que luchan millones de hombres y mujeres en todo el mundo?

Desde la desintegración de la comuna primitiva, la historia de la humanidad es la historia de las luchas de clase, de una incesante contienda entre clases explotadas y oprimidas y clases dominantes explotadoras.

En la sociedad capitalista esta lucha de clases enfrenta fundamentalmente al proletariado con el gran capital. El proletariado, para liberarse, necesita poner fin al sistema de explotación capitalista. Pero, al liberarse, al terminar con el dominio de la clase de los capitalistas, al establecer un sistema social colectivista, donde los medios principales de producción y de cambio sean propiedad de todos, el proletariado pone fin a las diferencias de clase, acaba con las clases y, por consiguiente con la lucha entre ellas. Su liberación es la liberación de toda la sociedad.

Con el socialismo, la clase obrera y sus aliados abren camino a un tipo de sociedad superior, el Comunismo.

El Comunismo, creando una abundancia de bienes, aplicará el principio «de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades».

En el Comunismo, el trabajo en vez de ser una maldición, la materialización de la explotación del hombre por el hombre, se convertirá en algo indispensable para la plena realización del hombre como tal. El trabajo adquirirá toda su significación como la base de la civilización humana, como fundamento de la liberación del hombre del reino de la necesidad.

El Comunismo realizará la plena igualdad entre los hombres y las mujeres, eliminando toda discriminación social, nacional o racial, poniendo fin al divorcio secular entre trabajo manual y trabajo intelectual.

El Comunismo representará el fin de la violencia y la coerción; la desaparición del Estado y, por consiguiente de los ejércitos y las fuerzas de represión; la aparición de un nuevo tipo de hombre, con una autoconciencia y un autodomínio de sí, capaz de establecer una autodisciplina colectiva consciente.

El Comunismo llevará a un punto mucho más elevado la ciencia, la tecnología, y con ellas la sensibilidad artística, una moral nueva basada en la idea del respeto, la solidaridad, y el trabajo en común entre los hombres.

El Comunismo dará una nueva calidad, un nuevo sentido a la vida humana, en la que cada ser tendrá plena conciencia de sus actos, y en la que habrán sido superadas las alienaciones.

La humanidad tiene aún que recorrer un largo camino hasta llegar a la sociedad comunista. Con las revoluciones socialistas triunfantes ha subido ya el primer peldaño hacia esa meta.

Los comunistas dedicamos nuestra vida, nuestros esfuerzos, lo que hay de mejor en cada uno de nosotros, a la tarea de contribuir a que la humanidad sea verdaderamente libre en una sociedad comunista.